



—El padre de Polito tiene dos mujeres que mantener.
—¿Es bígamo?
—No: es que Polito se ha casado.

Dib. CUESTA.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 605. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

**PAPEL
DE
FUMAR**

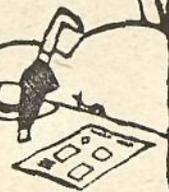
BAMBÚ

**LOS TAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^ª**

SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE MARZO

SORTEO DE PREMIOS

1.º Un bonito dibujo de uno de nuestros colaboradores, con cristal y marco a doña Amparo Fernández, de Madrid.

2.º Una bonita pluma estilográfica, para firmar cheques, a doña Rita Sánchez, de Madrid.

3.º Dos magníficas novelas de reputados autores, a D. Gonzalo Azcárraga, de Valencia.

Los agraciados podrán recoger los premios en esta Administración precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.

CONCURSO DE PASATIEMPOS DE ABRIL

SOLUCIONES

1. Tumbado y con el botijo al lado.—
2. Una chica preciosa.—3. Oído.—4. Ensimismado.—5. Cosa.—6. El hado.—7. Mentecatez.—8. Porque esta tu amiga mala.—
9. No se saca nada en limpio.—10. Una máquina Singer.—11. Avisado.—12. Son dos notabilísimos artistas.—13. Les cayó la negra encima.—14. Escaparate.—15. Carmencita.—16. El adiós a la vida.—17. Botarate.—18. No le llevo nada.—19. Todo lo esconde la condenada.—20. Tuvo a raya a medio mundo.—21. Químico.—22. Nada y encima me dió un coscorrón.—23. Coloso.—24. Ni aquí ni en Toscana.—25. Oviparos.—26. Domicilio.—27. Comadreja.—28. Soportó con entereza una dolorosa cura.—29. Una encuesta.—30. Escaló las más altas esferas.—31. Te has caído.—32. Ni med a palabra más.—33. Comer y dormir.—34. Evacuatorios subterráneos.—35. A río revuelto...

De las 9.712 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas por los "pierdetiempistas" siguientes:

1. Francisco Pacheco.—2. Manel García Reyes.—3. Manuel Cano.—4. Amparo Fernández.—5. Antonio Sánchez.—6. Víctor Gómez.—7. Pilar Mer.—8. Francisco Durán.—9. Carmen Tundidor.—10. Al-

21. De arte menor

LOS BORRACHOS

G

PAJA



SOMBREROS BRAVE 6-MONTERA-6

fonso Rodríguez.—11. Rita Mayor.—12. Antoñita Ras.—13. María Tejera.—14. Rodolfo Cortés.—15. Amadeo Jimeno.—16. Pepito Castro.—17. Luciano Morales.—18. Alfonso Gardóqui.—19. Lucio Escobar.—20. Pedro Jareño.—21. Apolinar Maurique, de Madrid.—22. Pilar Sáez, de Pineda de Trasmonte (Burgos)—23. María Irureta.—24. 25 y 26. Mercedes, Adelita y Marichu Peyrona, de San Sebastián.—27. Paquita Velarde, de Torres (Madrid).—28. Manuel Sancha, de Ciudad Real.—29. Jerónimo Navarro, de Al-

mazán (Soria).—30. Luis Polo, de Ateca.—31. Serafín Bárcenas, de Guadalajara.—32. Carlos Atienza, de Sevilla.—33. José María Esteban, de Granada.—34. Conrado Aparicio, de Valencia.—35. Ester Martínez, de Santander.—36. Rosario Díaz, de Cáceres.—37. Luis Conde, de Orense.—38. Matricio Rodríguez, de Huelva.—39. José Luis Antón, de Valladolid.—40. Ricardo Ponte, de Lugo.—41. Rosario Vidal, de La Coruña.—42. Servando Morante, de Cádiz.—43. Emilio Romaguera, de Panticosa.—44. Adolfo Hernáiz, de Huesca.—45. Serafín Izquierdo, de Málaga.—46. Agripino Monedero, de Palencia.

El sorteo de premios del Concurso de mayo se celebrará en nuestra Administración el 2 de junio próximo, a las seis de la tarde.



23.—¿Pero cuando vas a ir por la oficina?

COMPOSITOR

500 500 500

II

ALBERTO Pulseras de pedida
7. CARRETAS, 7

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solici-

ción que se nos remita con el fin de

a nuestro CONCURSO DE PASA-

TIEMPOS del mes de mayo



TRICOPILO ESTRAGUES

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad — B. Estragués. — San Anastasio, 12, BADALONA. — De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor

EMBROCACIÓ "HÉRCULES"

LINIMENTO suave y limpio
Cura REUMA, DOLORS,
GOLPES, CONTUSIONES,
LUMBAGO, etcétera.

Único producto español que es fá-
cil y absorbible por la piel de-
jándola blanca y fina.

VENTA: Principales Farma-
cias y Centros farmacéuticos
Autor: G. Fernández de Mats
La Bañeza (León)



DANDY

La mejor crema para
el calzado

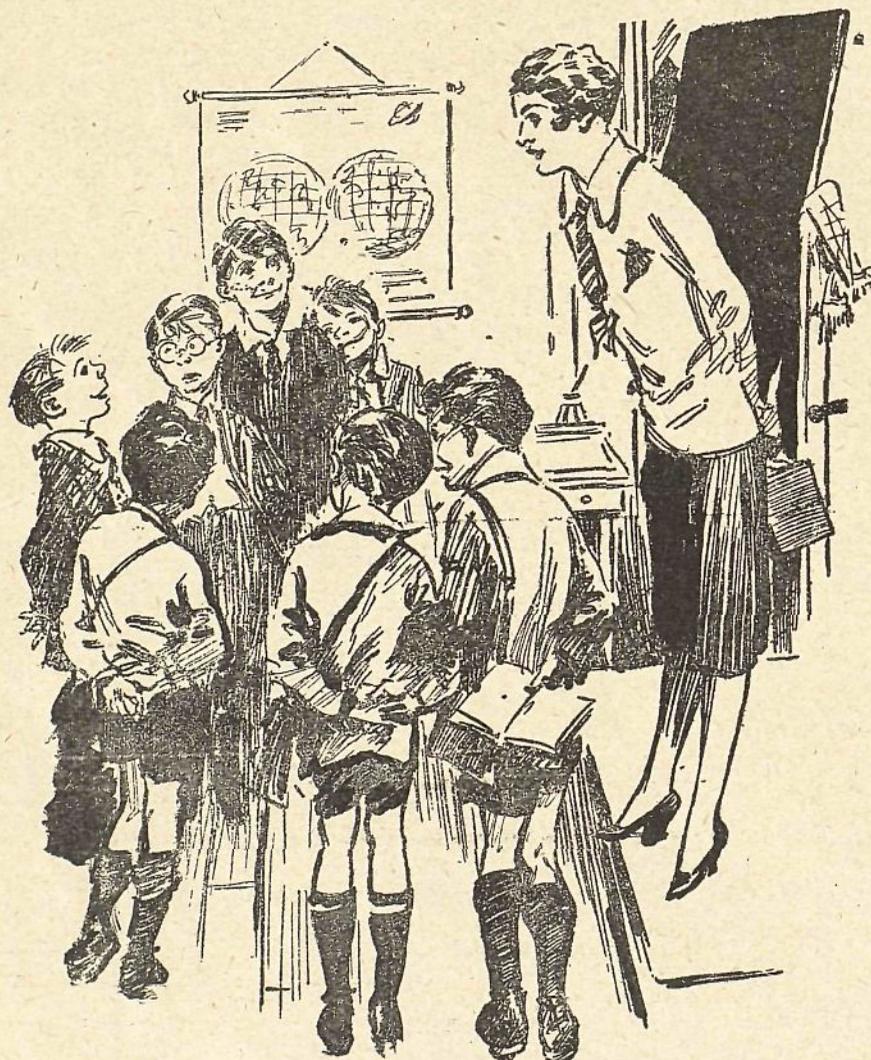
SUSPIROS DE ESPAÑA

Vino de damas; exquisito para
meriendas

Bodegas de LOS CEAS



HERNIAS
Bragueros cien-
tificamente
J. Campo,
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8



CAÑAS



AGUA DE COLONIA
HIGIENICA
LA CARMELA
LABORATORIO SANTIAGO
1907 CAÑAS

INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos
a su color primitivo.
Venta todas partes y
autor N. López Caro,
Santiago y Barcelona,
de Barcelona, Cañas, en
donde se dirigirá la re-
spondencia lista de
Cuba, pídas con el
nombre de Agua de Co-
lonia del profesor N.
López Caro, República
Argentina, en todas car-
tas. ¡Ojo! Cuidado con
las imitaciones.

SANTIAGO

De The Passing Show.

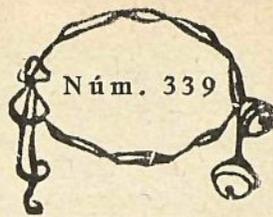
- ¿Puede alguno de vosotros decirme cuántos elementos hay?
- Yo, señorita. Dos: la cerveza y el té.
- ¿Quién te ha enseñado eso?
- Mi padre dice que está en su elemento cuando tiene delante una botella de cerveza; y mi madre dice lo mismo cuando está tomando el té.

Ayuntamiento de Madrid

CUPON

correspondiente al número 339 de
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo
trabajo que se nos remita pa-
ra el Concurso permanente de
chistes o como colaboración
espontánea



CHARLAS DOMINICALES



A actual teoría de Monroe es deliciosa.

Puede enunciarse así:

"América para los americanos; y Europa... también para los americanos."

La teoría, como dirían nuestros chulos, es un tanto "ansiosa".

"¡Todo para ellos!"

Los habitantes del Nuevo Continente, una vez seguros de que ningún europeo irá a conquistarlos, toman el barco y se vienen a Europa con ánimos de realizar nuestra conquista.

Y la realizan.

Los turistas se adueñan de París; los estudiantes invaden nuestras viejas Universidades; y los negros se apoderan

de todos los cabarets, habidos y por habert.

¡Así da gusto!...

Y para esta coreográfica conquista de Europa, tan peligrosos son los americanos del Norte, como los del Sur. Tan mortífera es el arma de un "blak-botom" como la de "un tango argentino". Nos conquistán por el marero. Y a fuerza de música y baile, caemos rendidos.

La "exportación" americana de negros y gauchos con destino a los países europeos de raza latina, alcanza hoy día una cifra fabulosa.

Actualmente las "Fábricas" del Norte y del Sur, en vista de lo bien acogidos que son en Europa aquellos productos, trabajan sin descanso. A toda prisa se tiñen negros, y se hacen amplios pantalones para músicos más o menos pizarros y canaros.

Lleno un vapor de artistas negroides, el empresario va por otros. Y nos lo remite, porte debido, bien a "Folies Bergeres", bien a "Maravillas", bien al caballero Campúa, bien a su escudero (don Tirso).

Lo cierto es que yankis y criollos se multiplican por todas partes. Y donde no se oye inglés, se oye "¡qué esperanza!..." Y donde no se bebe whisky, se bebe ginebra... Y la juerga es farsa... Y estamos viendo a Monroe con un tablón de los áe no te mencees... de América.

En este éxodo hacia el Viejo Mundo, están conformes todos los países que nos regaló Colón (gracias, amigo). En cambio ellos, entre sí, ¡maldito si se entienden!...

Para ver de estar más juntos se reunieron en La Habana.

Allí tuvieron que estar como las sardinas... ¡En Cuba!

Pero tampoco estrecharon mucho sus relaciones.

Cada República se comportaba de modo distinto.

Colombia alzaba *La Voz*.

Méjico no quería *El Debate*.

Nicaragua ansiaba *La Libertad*.

Tacna pedía *El Sol*.

Y Arica, pedía *la luna*...

¡Claro que Tacna y Arica no son Repúblicas americanas, sino ciudades chilenas en litigio! Pero hablamos de ellas, porque no hay otro remedio. ¡Conocen ustedes alguna conversación á propósito de América en que no salgan a relucir estas capitales pacíficas...? (¡Caramba con las pacíficas!)

La "Conferencia panamericana" no llegará a resolver nada. Únicamente habrá conseguido poner en moda eso del "panamericanismo". Que ahora se lleva mucho.

"Panamericanismo" quiere decir: "Todo para América". La palabra se compone de *pan*, que significa "todo", y de "americanismo", que significa *algo*... (Algo así como una política pasada por agua.)

Sin embargo, ser "panamericano" no significa estar a pan y agua, sino todo lo contrario.

El "panamericano" come bien, bebe mejor, se *banqueta*, viste de smoking, y se pasa la vida creando ligas, apretando lazos y metiéndose en camisas de once mil varas de viaje transmarino.

Nosotros estamos entrenándonos para conseguir dicho título. Pensamos hacernos "panamericanos" del Sur. La América española nos seduce. Y defendemos sus fueros contra la influencia europea y contra la influencia yanqui.

Así se lo hacemos saber a Mr. Huges, representante de las tendencias imperialistas en la Conferencia, y hombre a quien parecían temer en Cuba.

A nosotros no nos asusta ese coco... de La Habana.

Conque... ¡Salud e independencia!



Dib. SILENO.—Madrid.

LUIS DE TAPIA

Anecdotario de "Buen Humor"

Una de las cosas más bonitas y más interesantes que se ven en las hojas de los calendarios (cuando uno tiene calendarios, y cuando los calendarios tienen hojas), es esa serie de anécdotas que, con media docena de líneas, nos refieren un suceso destacado de la vida de Napoleón, de Gayarre, de Teudiselo, de Landrú y de otros personajes igualmente geniales y famosos.

La anécdota de calendario es tal vez la manifestación literaria más importante de nuestro siglo. Gracias a ella saben Historia muchos académicos de la ídem, aparte de lo que ha contribuido a ilustrar al vulgo (al cual tengo la honra de pertenecer), por el poco dinero que cuesta un taço para el año que viene.

Resumen: que "si no fuera por los calendarios se ignorarían muchísimas cosas; y que como no está bien que se ignore nada de lo que se puede saber, BUEN HUMOR va a enriquecer en

este momento la cultura de sus lectores con unas cuantas anécdotas sin estrenar, que ha tenido la suerte de encontrar en sus importantes archivos, y que hasta la fecha no habían sido recogidas en ningún calendario de los más conspicuos y documentados.

Son las siguientes, que esperamos que sean del agrado del público.

Robespierre tenía un amigo, llamado Fulard, que se distinguía por su finura exagerada y por su educación esmeradísima. Fulard, entre otros detalles de elegantes modales, tenía el de no tutear ni a los perros, pues estimaba que el tuteo era una reminiscencia salvaje que afeaba la marcha del Progreso y hasta la de los Cuatro Caminos por Fuencarral.

Robespierre, que quería a Fulard de todo corazón, se esforzaba por qui-

tarle esa manía y llegó a amenazarle con enfadarse si no le tuteaba; pero Fulard se mantuvo en su gallarda postura y no le tuteó jamás.

Fué el único hombre que en Francia llamaba a Robespierre *Robustedepierre*.

¡Más finura, imposible!

El general Espartero era un hombre tan ordenancista y tan apegado a la férrea disciplina militar, que en los más sencillos momentos de su vida no podía evitar la comezón del mando.

Se recuerda, con este motivo, su entrada en un café madrileño, en el cual se proponía merendarse un modesto café con media tostada.

Pero al pedir el servicio al camarero, confundió al mozo con un soldado ya hecho, y le dió la orden de la siguiente manera:

—¡Café con media vuelta a la derecha!! ¡¡Marchen!!...

Cuando Luis XVI subió a la guillotina se le anegaron los ojos de lágrimas; pero tuvo buen cuidado de advertir que no lloraba por la pérdida de su preciosa existencia, sino por verse obligado a dejar de vivir en París, que era la ciudad más pistonuda, más hermosa y más juerguista del Universo.

Y como se extrañasen los que le rodeaban de que, en aquel momento, tuviera humor para elogiar los encantos frívolos y sicalípticos de la capital francesa, el pobre hombre insistió con estas palabras, que fueron las últimas:

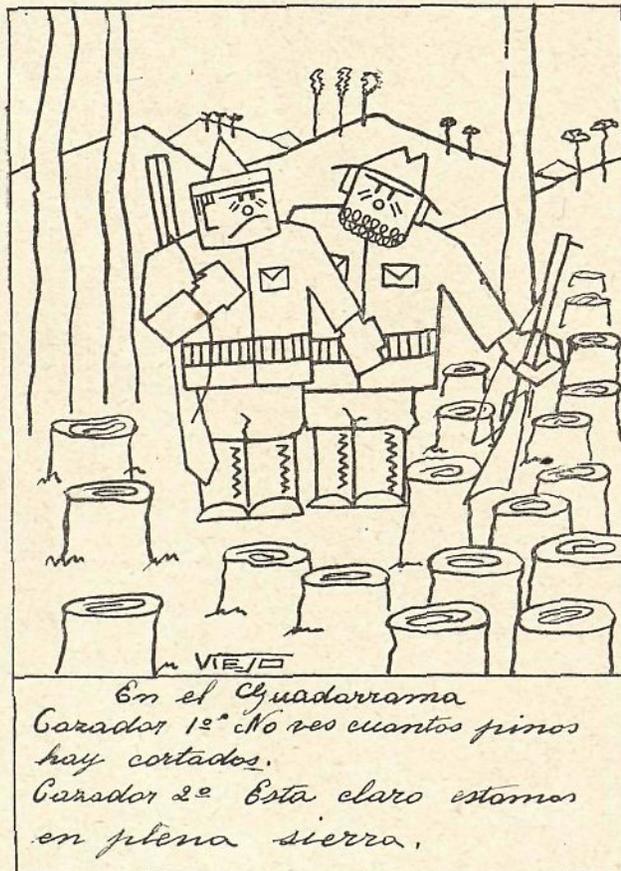
—¡Sí, señores! ¡París es una población que quita la cabeza!...

El ilustre y por todos conceptos admirado cardenal Richelieu fué el hombre que pronunció más bellas frases en los momentos más culminantes de su existencia.

Se recuerda muy frecuentemente la que dijo el día que le sacaron una muela.

Fué ésta:

—¡¡Ay!!!



En el Cuadarrama
Carador 1º No ves cuantos pinos
hay cortados.
Carador 2º Esta claro estamos
en plena sierra.

Dib. de Vieso.—Madrid.

Chicherín ha sido el hombre más avaro de toda Rusia.

La menor pérdida de sus negocios le ha puesto siempre de un humor imposible; y hasta un simple deterioro de un objeto de su pertenencia le ha hecho mesarse los cabellos o mesar los de su mujer, si ella ha tenido la culpa del susodicho deterioro.

Una vez, en una manifestación pública (cuando todavía mandaba el Zar), empezó a dar gritos subversivos, con tal falta de educación, que un polizone le arrimó un estacazo en la cabeza, y no se la partió porque antes estaba el sombrero, que es el que salió perdiendo sin haberse metido en nada.

Chicherín, al recibir el golpe, empezó a lanzar quejidos tan lastimeros que acudió un correligionario y le preguntó con interés genuinamente moscovita:

—¿Le duele a usted la cabeza?

—¡¡Lo que me duele es el sombrero, idiota!! — respondió Chicherín.— ¿No ves cómo me lo han puesto, y valía tres rublos?...

Nerón trataba a sus esclavos con una brutalidad tan grecorromana que el menor descuido de los pobres les costaba un disgusto bastante gordinero.

Un día, al servir el desayuno al emperador, uno de los esclavos rompió un vaso egipcio en unos cuantos pedazos más de los que hubieran convenido para poderle pegar con sindetikón.

Y Nerón mandó degollar al esclavo, para que otra vez anduviese con más cuidado.

Los historiadores no han tenido más remedio que reconocer que, en tiempos de Nerón, había esclavos que morían por la rotura de un vaso.

Mesalina, como saben ustedes muy bien, era una grandísima sinvergüenza; pero, por lo menos lo reconocía humildemente siempre que había ocasión.

En cierta juerga le presentaron a

un tío que tenía muchos deseos de conocerla, y al despedirse el buen hombre, tuvo la gentileza de decirle, estrechando su mano:

—¡He tenido mucho honor!

A lo cual contestó ella:

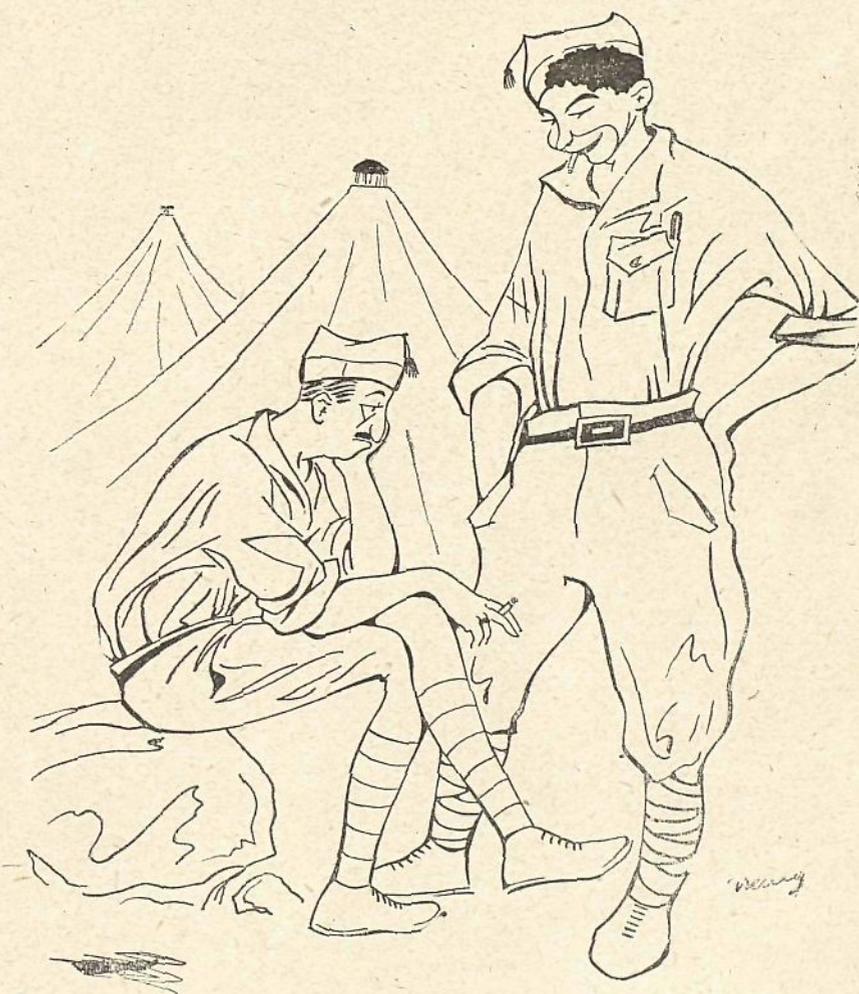
—¡Yo también, pero hace ya la mar de tiempo!

La duquesa Herminia de Gotha ha-

ERNESTO POLO

lló la muerte regañando con su cocinera. Esta, no pudiendo soportar el regaño, cogió una botella de lejía y, con un modesto golpe, inutilizó el parietal izquierdo a su señora.

Era natural. Dando con una botella a una Gotha, la Gotha no tenía más remedio que hacerse cisco en el acto.



Dib. NEMO.—Madrid.

—Yo vine al Tercio porque soy soltero y amo la guerra.

—Pues yo, porque soy casado y amo la paz.

La desgracia menudea más que el chárleston

Es cosa probada, y hasta deglutida totalmente, que en el mundo abundan de un modo loco los seres desgraciados y las *seras* que tienen la negra (que no hay que confundir con las

seras de carbón, que, en lugar de tener la negra, tienen el negro). Por cada individuo feliz y sonriente hay cincuenta y nueve socios más amargados que Don Quintín, y más ane-

gados en llanto que la Magdalena ésa que nos guía de vez en cuando sin cobrarnos nada y sin admitir propina, aunque arrepintiéndose al final, porque, si no se arrepintiera, no sería Magdalena.

¿Por qué esta injusticia de que en la vida haya de darse con más frecuencia la contrariedad, la falta de dinero y el dolor de muecas que la carcajada, el premio gordo y el arroz con pollo?

No lo sabemos, pero el caso es que así sucede. El hombre infeliz y la hembra desventurada transitan más a menudo por las calles (y por las plazas), que el ciudadano venturoso y la señora alegre. Y no me vengan ustedes con la rectificación de que las señoras alegres transitan más de lo que debía permitirse, pues no me refiera a esas, que además, y en el fondo de su ser, son tan tristes como un *sáuce*, suponiendo que el *sáuce* sea triste, que yo no estoy convencido de que lo sea, no obstante lo que dicen los poetas (que ya es sabido que no entienden una palabra de árboles, a pesar de lo alcornoques que son algunos, gracias a Dios).

Muchas veces ha gemido la Prensa por las desgracias de un semejante (no de un semejante a la Prensa, sino de un semejante a otro semejante), y suponemos que seguirá gimiendo, porque la cosa no tiene remedio próximo y eficaz. Yo mismo he tenido que poner mi pluma, en innumerables ocasiones, al servicio de la desgracia ajena, y pasan ya de mil las historias amargas que he referido con mi estilo pintoresco y económico.

Pero la desgracia no se cansa de cebarse en los seres desventurados, como el cerdo no se cansa de cebarse en las bellotas; y en este momento me veo tristemente obligado a contarles a ustedes un drama nefasto que me ha puesto los pelos de punta y los zapatos de tacón, con lo cual quiero decir que me ha conmovido desde los pies a la cabeza.

La horrible noticia me la ha remitido un amigo de Buenos Aires, que antes me enviaba dinero de vez en cuando, y que ahora no me envía más que noticias como ésta.

Parece ser que en las cercanías de



Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

—A mí no me diga usted que Pérez escribe bien, cuando todos sus dramas terminan igual.

—¿Que terminan igual? No, hombre, no.

—¿Que no? A ver si no terminan todos bajando el telón.

Montevideo, y en una de las más concurridas playas, ha ocurrido un tremendo desaguisado del que ha sido víctima un conocido tenedor de libros de una importante casa de comercio de la capital argentina.

Sabida es la costumbre que tienen los elegantes de Buenos Aires de trasladarse a Montevideo para tomar baños de mar, aunque no creemos que tenga lógica, pues tan río de la Plata es el que pasa por Montevideo como el que lame las costas argentinas. Pero el mundo es así, y el caso es que el indicado tenedor de libros, fatigado por el exceso de trabajo, consultó con un eminente doctor que sabía tanta medicina como tangos (lo cual nos hace suponer que sabía más medicina que la corriente en la clase). El formidable galeno empezó por recomendarle el cambio de aires, primer absurdo, pues teniendo Buenos Aires no había para qué cambiarlos. Y añadió a esta recomendación la orden de que se atizase cuarenta baños en el Plata, respondiendo de su alivio inmediato si tal hacía.

El incauto funcionario pidió permiso a sus jefes y trasladóse a Montevideo.

Y el drama sobrevino (mejor dicho, sobre agua) en cuanto empezaron los bañitos.

El pobre tenedor de libros que, a pesar de estar enfermo, pesaba noventa y ocho kilos (lo cual nos obliga a llamarle también tenedor de libras), al tercer baño, y por efecto de su peso, se fué al fondo del poético mar del Plata y perdió la vida sin que le valieran ni sus protestas ni el auxilio inmediato de varios individuos de la Sociedad de Salvamento de Náufragos, que, no obstante estar dos horas nada que te nada, no consiguieron nada.

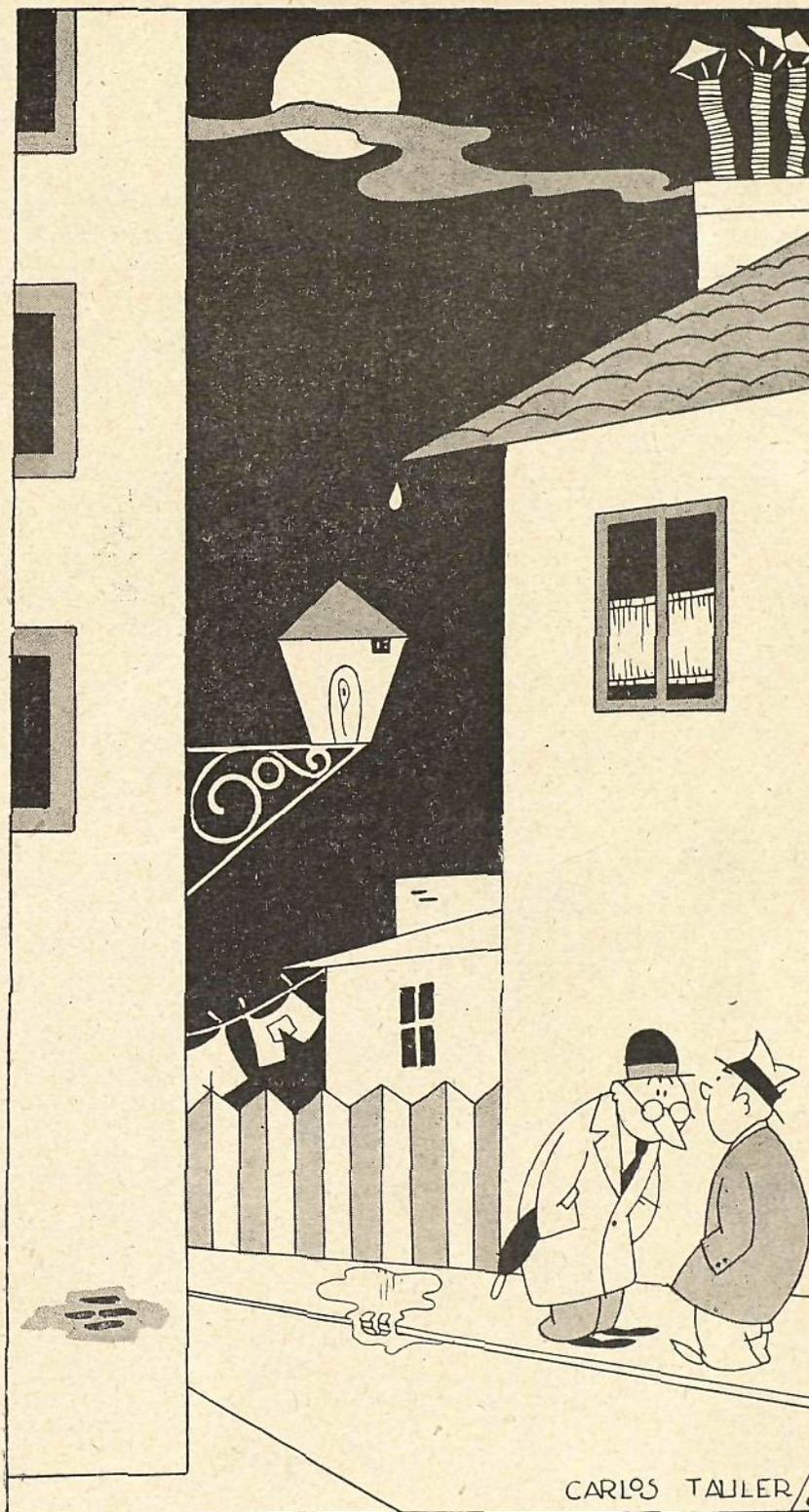
El resumen de esta tragedia no puede ser más doloroso: se trata sencillamente de que resulta una estupidez dar un baño de Plata a un tenedor, cuando éste tenedor cumple su misión sin necesidad de baño ninguno.

¿Qué les parece a ustedes?

Que no debo decir más, porque voy por muy mal camino, ¿verdad?

¡Pues ya he terminado!

SOTERO L. PEON



—¿De modo que su esposa va a hacer un viaje?

—Desgraciadamente.

—¿Cómo?

—Sí; porque me lleva con ella.

Dib. TAULER.—Madrid.

TRAMPANTOJOS

NUEVOS DERECHOS

La vida moderna debía imponer fórmulas de derecho completamente distintas a la de la vida pasada. Necesitamos un legislador que dé cabida en el libro de nuestros derechos a nuevos y delicados problemas.

Por ejemplo: ¿es que no tenemos derecho a que sea mejor el carbón del vecino de al lado? ¿Es que puede enviarnos bocanadas de una "galletilla" infecta? ¿No podríamos llevarle a los Tribunales por lanzarnos ráfagas de un humo de suburbio?

Otro ejemplo: ¿podemos admitir, sin llegar al Supremo, si es preciso, que el vecino del segundo tienda en el patio uno de esos calzoncillos indecentes que convierten en sacos a las piernas?

Otro ejemplo: ¿se puede consentir que ese tramposo, que nos sacó cinco duros con el peor de los engaños, lleve empastadas en oro cuatro muelas? ¿No tendríamos derecho a reclamarle una, por lo menos, y que se la sacase un perito dentista, que es vergonzoso que no exista en los Tribunales?

Innumerables ejemplos podría poner pero ya serán aducidos cuando la Academia de Jurisprudencia aigere sus temas y sus costumbres.

VAGONES RESERVADOS

No basta tampoco en la vida actual que en los trenes se reserve un pedazo de vagón a los no fundadores y otro a las señoras, sin especificar si las señoras, para las que es reservado el departamento, puedan ser señoras fumadoras o no fumadoras.

Los que tienen a su cargo las iniciativas, tienen que tener fantasía, y es necesario que haya menos chiqueos reservados para los que hacen guiños, para los que se quitan las betas y se ponen zapatillas, para roncadores, para viajeros que viajan con gramófono, para los que se pasan toda la noche abriendo y cerrando las maletas, para los que tienen condecoraciones, para los que viajan con los gemelos a la banderola, para los que llevan termo.

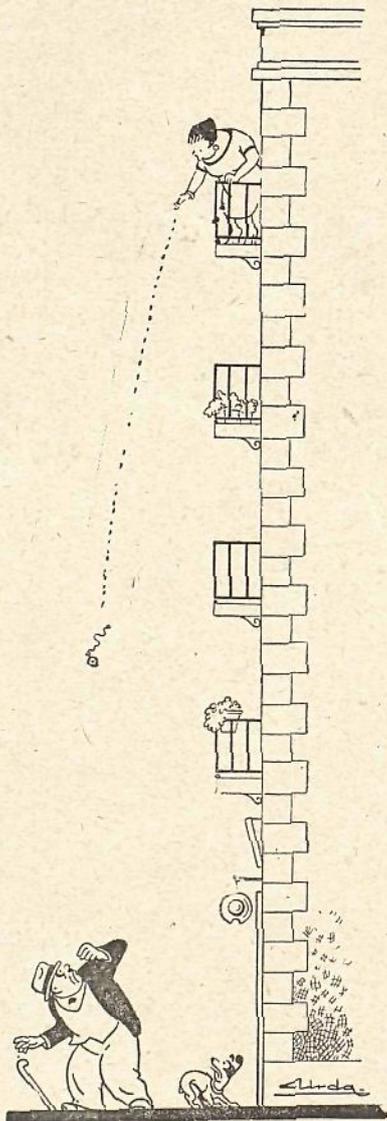
De ese modo, yo, que no entraría en ninguno de esos reservados, podría viajar tranquilo en el único coche no reservado para nadie.

EL EXPLORADOR INGLES

Tenía un cuello largo de avestruz del Canadá, y, sin embargo, era de Londres. ¡Pero vaya usted a saber si uno de Londres no puede proceder del Canadá!

Se dedicaba a las exploraciones y era inglés como él solo en sus costumbres de explorador.

Su equipaje consistía en una má-



Dib. URDA.—Barcelona.

—¡Que se va a romper!...

—No tengas miedo, que como no tiene cuerda se parará antes de llegar al suelo.

quina de escribir, portátil, que pesaba 50 gramos; un bastoncito de alma de acero y dos mil cuellos almidonados.

EL HOMBRE AL QUE LE ESTALLÓ LA VERRUGA

De la naturaleza de las verrugas no hay fisiólogo que sepa nada.

¿Qué es una verruga? ¿Por qué brota una verruga? Es tan imposible de contestar a esas preguntas como a la previsión de los volcanes.

La verruga de aquel caballero era una verruga cuantiosa, arrugada, con tipo crateriano.

Los amigos del café le encontraban más bondadoso por causa de la verruga; ¡pero lo que engañan las cosas!: un día, "aquel señor de la verruga", les dió un susto atroz, pues en medio de la amigable charla le estalló la verruga con explosión de melinita, resultando inverosímil que produjese tan gran estrago en espejos y vajilla. Afortunadamente, no hubo desgracias personales que lamentar.

Y el hombre de la verruga no tenía antecedentes anarquistas en la familia.

MANIAS DE LOS SABIOS

Las manías de los sabios son fantásticas.

Premie, el célebre fisiólogo, colecciona apendicitis variadas. Helichst, el célebre neuropata, siempre que ve una colilla la recoge y se la guarda. Filmons, el célebre filósofo se lleva el sombrero mejor que encuentra en las reuniones a que asiste. Decart, el célebre matemático, roba hojas de almanaque en todas las casas a que va, porque sostiene que los únicos números vitales que existen, y que para el madre naturaleza son los números de almanaque. Bunotti, el celeberrimo fisiócrata (?) se dedica a arrancar los carteles de las vallas para clasificarlos en su biblioteca, donde tendrá más de veinte mil, todos foliados, y madame Pernot, la extraordinaria química, se dedica a adquirir todo los caballeros con bigote a lo Napoleón III que encuentra en su camino.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



REFRANES ILUSTRADOS, POR GARRIDO

Funestas consecuencias de un tango sentimental

Empecemos declarando que el cantador argentino Luisito Casol merecía los aplausos que en el "Salón Penalty" obtenía diariamente. Pero, respetuosos con la verdad, añadamos que estos envidiables éxitos de Luisito Casol eran debidos en gran parte a su asesor artístico, el popular fabricante de cuplés Amalio Batiño.

Hombre de geniales atisbos, Batiño acertó a ver que el público se mostraba un poco fatigado de tanto tango vulgar; comprendió que ya no podía esperarse nada de las desacreditadas combinaciones

y gregó un nuevo elemento que muy bien pudiera denominarse *Compadrito para confidenciar*. De esta feliz iniciativa nacieron los sugestivos tangos "Moso, llévame este baúl", "Rarberito, pégame otra pasada", "Doctorsito, sulfato de estrienina", etcétera. En ellos, un súbdito argentino, de ordinario cansado de la vida, concedía al barbero o al mozo de equipajes importantes confidencias relativas a su pasado sentimental, siempre por boca de Luisito Casol y siempre con el decidido aplauso del aristocrático auditorio del "Salón Penalty".

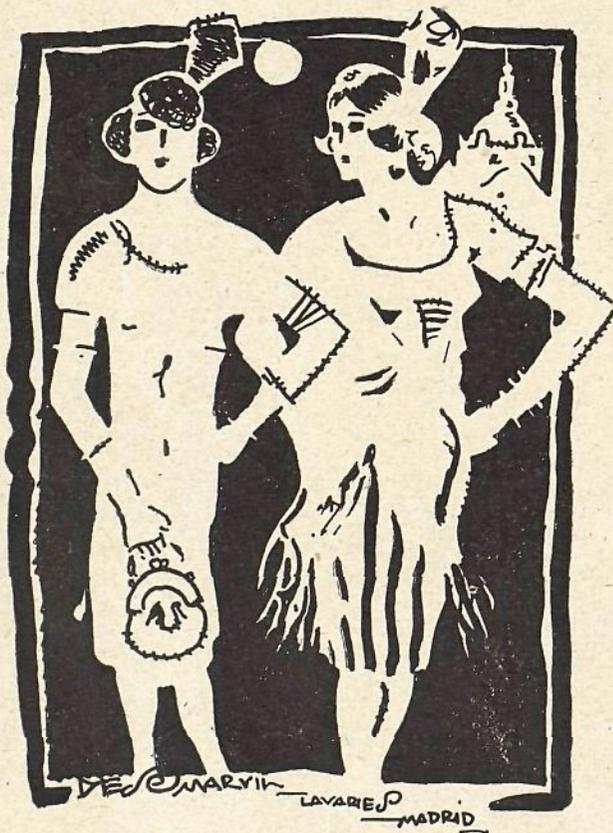
* * *

Ella+El+Caballo; (Ella+Caballo)—El;

(El+Caballo)—Ella; (El+Ella)—Caballo;

Ella—(El+Caballo); El—(Ella+Caballo)

Pero—dolor causa el decirlo—el público aristocrático no es muy consecuente, y los modernos tangos confi-



Dib. DESMARVIL.—Madrid.

—¿Y por qué no te gusta "el Desiderio"?

—Porque es más "agarrao" que un chotis.

denciales también llegaron a parecerle poco estimables.

Fué en estos difíciles momentos cuando el infatigable Batiño desarrolló una teoría sorprendente.

—Hasta hoy—afirmó—la cárcel y la muerte apenas han figurado en los tangos más que de un modo incidental; y yo opino que la gran revolución del tango pudiera hacerse describiendo el curso de una enfermedad que lleva a la tumba, o detallando el proceso judicial de un delito que conduce al presidio.

Y para robustecer sus singulares ideas, presentó dos tangos de la nueva modalidad *detallista*. Uno, "Bronconeumonía tuberculosa", entraba de lleno en la Patología Médica; el otro, "Doce años y un día", caía de bruces en el Código Penal.

El primero se refería a cierta *china* que, abandonada recientemente por su novio, presentaba, al correr de la primera estrofa, los síntomas premonitorios de una grave afección pulmonar. Poco después la enfermedad, desgraciadamente, se confirmaba y aparecían reiteradas hemoptisis y cierta cantidad de bacilos de Koch, acabando la infortunada joven, al final de la tercera estrofa, en un estado verdaderamente lastimoso.

Fué tal el éxito de "Bronconeumonía tuberculosa", que Batiño comenzó a asistir a las salas del "Hospital Clínico" con el honrado propósito de documentarse para su próximo tango "Meningitis cerebroespinal".

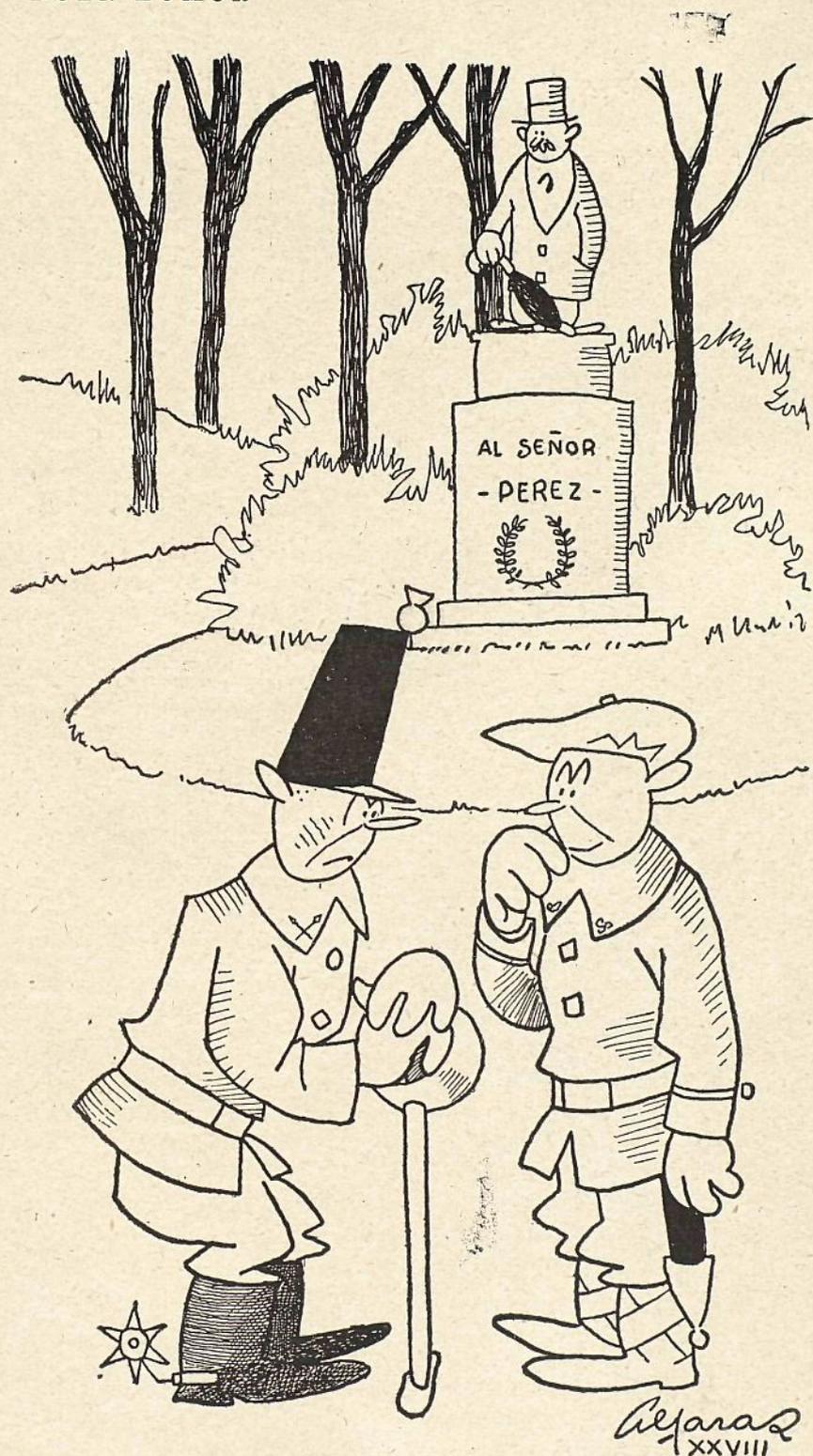
Y, en tanto, se anunció el estreno de "Doce años y un día".

* * *

Patinando en dolientes *plongeurs* sobre la música del tango, la voz emocionada de Luisito Casol comenzó así: "Doce años y un día" en la memorable noche del estreno:

"Agente, no me detenga,
que no soy un delincuente..."

Se trataba de un bailarín que después de haber extraído del fango a determinada señorita, la mataba, por motivos de índole particular, de un balazo en el hipocondrio dere-



Dib. ALFARAZ.—Madrid.

—Llevábamos diez horas de combate, y el capitán vió que nos quedábamos sin fuerzas...

—¿Os ordenó la retirada?

—¡Ca! ¡Nos mandó tomar un reconstituyente!

cho (1). El agente de policía, sin parecer afectarse gran cosa por las súplicas del desdichado bailarín, cumple fielmente su deber. Y, así, en la segunda estrofa, ya procesado, aparece tratando de inclinar en su favor el ánimo del juez de Instrucción:

“Ampárame, señor juez.
No me faltan atenuantes...”

Pero el señor juez lleva el asunto adelante, y su digna actitud permite que figure en el tango la intensa emoción del juicio oral:

“Escúchame, fiscalito,
modifique la sentencia
que hay un error judicial...
O tenga benevolencia
y ayúdame usted un poquito
en la prueba perisial.”

Todo fué inútil. El serio proceder del señor fiscal lo expresan bien elocuentemente estas graves palabras con que terminaba el conmovedor tango:

“Yo no dudo, compadrito,
de su bondadosa esencia;
pero el delito, es delito.
Conque... *Visto pa sentencia.*”

El público, que había seguido con anhelante interés tan patética historia, estalló en vigorosos aplausos. Y entonces ocurrió un suceso lamentable. El conocido magistrado del Tribunal Supremo, señor García Luna, que ocupaba un palquito con su familia, se levantó bruscamente y con ademán enérgico y dura voz exclamó:

—¡Prohíbo terminantemente estas manifestaciones! ¡Silencio, o desalojo el local!

Y puso tal vehemencia en su intervención, que perdió el equilibrio y cayó al patio de butacas, precisamente sobre la rizada cabeza de Amalio Batiño.

El formidable golpe mató al señor García Luna casi en el acto.

Batiño, naturalmente, resultó ileso.

SAMUEL MURIN

(1) Afortunada fusión de los dos géneros de tango detallista, en el que llamaremos tango médico-legal.

LA BOTELETA DE EXTRA-DRYSS. LA PARTIDA.—IMANTADOS.—EL POLO.—LE TIRO DEL BIGOTE AL CAPITAN.—LA CIENCIA INIGUALABLE DE SHERLOCK-HOLMES.

La botella de "Extra-Dryss."

—Harry—me dijo Holmes una tarde de enero—. Haz las maletas, compra un aeroplano, llénalo de todos los objetos necesarios y tenlo preparado para mañana al amanecer. A esa hora debemos partir con rumbo al Polo.

Al oír lo del Polo, estornudé, y Holmes gruñó:



—Guarda tus estornudos para cuando estemos en las regiones árticas.

Fuí a pedirle noticias de aquel súbito y frigorífico viaje, pero Sherlock, a quien molestaban mucho las palabras inútiles y los almohadones de cretona, se limitó a alargarme una botella de "Extra-Dryss", diciéndome:

—Ahí dentro encontrarás la clave de todo. Adiós.

Y salió de casa rápidamente. Desde la ventana le vi subir a un autocar y desaparecer calle arriba poniéndose una inyección de morfina en un muslo.

Al quedarme solo, contemplé atentamente la botella de "Extra-Dryss". No vi en ella nada interesante, aparte de la pésima calidad del vidrio. Entonces la miré al trasluz y noté que había algo en su interior. La volqué, pensando que caerían unas colillas de cigarrillos egipcios—cosa que ocurre siempre al volcar las botellas de "Extra-Dryss"—, pero lo que cayó fué un papelito enrollado. Y en el papelito estaba escrito, con tinta de calamar, lo siguiente:

Esta botella sólo debe ser abierta por mister Sherlock Holmes, de Londres.

Querido mister Holmes: Soy el capitán Mappletown, y me hallo perdido entre los hielos del Polo. (No le

digo a usted si el Polo Norte o el Polo Sur, para picarle la curiosidad). Pero esto, con ser grave, no es lo más grave. Lo más grave es que no me quedan víveres más que para dos días.

En el Polo, a 11 de abril de 1880.

Mappletown.
(Capitán).

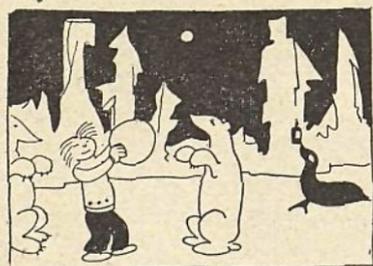
La partida.—Imantados.

Al concluir de leer el extraño mensaje lo primero que pensé fué que el capitán Mappletown era idiota. Luego tuve la sospecha de si no sería también idiota Sherlock-Holmes, pues así parecía probado al disponer aquel viaje en busca de un hombre que, en abril de 1880, ya no tenía víveres más que para dos días. Nosotros íbamos a buscarle en enero de 1927... ¿Qué iba a quedar del capitán Mappletown después de cuarenta y siete años de desnutrición polar? La respuesta era espantosa, como la cara de *El Fantasma de la Opera*.

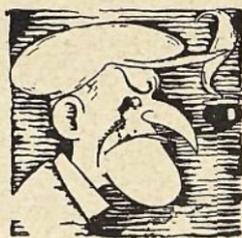
Sin embargo, ante todo, yo debía obedecer a Sherlock, así es que compré un aeroplano de segunda mano en un puesto de baratijas, de Whitechapel, lo equipé de todo lo necesario para aquella importante expedición, y aguardé la llegada de Holmes, haciendo solitarios con una anciana baraja.

Como la baraja no tenía ya más que veintidós cartas, me divertí bastante.

Holmes llegó con las primeras luces del alba, pues iba a amanecer de un momento a otro y traía dos faroles de acetileno. Los colgó de las alas



del avión, dió la señal de partida y yo hice elevar el aparato. Por cierto que tuve que aterrizar inmediatamente, por haberme dejado en tierra al genial detective. Estaba tan distraído que se había sentado en el suelo, creyendo que era la cabina del aeroplano,



Novisimas aventuras de Sherlock-Holmes

(Cada semana se publicará un episodio completo)

EL FRIO DEL POLO

no, y consultaba atentamente una carta: el as de bastos.

Le saqué de su ensimismamiento para meterle en el avión. Y salimos zumbando.

Ya en el aire evolucioné, describiendo círculos y escenas montañosas. Y por fin le dirigí a Sherlock la pregunta terrible:

—¿Al Polo Norte o al Polo Sur?

—¡Ah! ¿Pero hay dos Polos?

—Contando a Ernesto, hay tres.

En un gesto dubitativo, Holmes se rascó un parietal al través de su gorra a cuadros, eminentemente "trade mark". Luego dió una respuesta conciliadora.

—Vamos primero al Polo Norte, que cae más cerca, y si Mappletown no está allí iremos al Polo Sur. Después de todo, dentro de media hora, podremos haber llegado al Polo Norte perfectamente.

Esta extraordinaria frase me estupefaccionó de tal manera que se me torcieron los mandos y no nos estrellamos por un verdadero milagro de Escocia.

—¿Dice usted que dentro de media hora podemos estar en el Polo Norte?—indagué, tembloroso, al rehacerme.

—Sí—murmuró lacónicamente Sherlock.

—El motor no puede desarrollar una velocidad tan espantosa...—argüí.

Holmes rió de tal manera que se bamboleó el avión.

—¡El motor! Yo tengo algo mejor que el motor—dijo.

Y sacando del bolsillo un pisapapeles de hierro lo ató al árbol de la hélice. No bien lo hubo hecho, la velocidad, ya considerable, del aparato, se hizo vertiginosa, enloquecedora, atroz.

Diez minutos más tarde, poniéndome la mano derecha encima de los ojos para evitar la reverberación de mi reloj de pulsera, distinguí un cartel que decía:

POLO NORTE.
LOS CARRUAJES, POR LA
DERECHA

Grité, señalándole el cartel a Holmes, pero éste no me contestó. Me volví, y entonces comprobé que Sherlock no estaba ya en el aeroplano. Mirando de nuevo hacia abajo, le descubrí observando la nieve con su lupa.

Aterricé lo mejor que pude y, saltando del avión, me acerqué a Holmes.

—He visto que en la nieve había huellas—me dijo—y me he apeado para estudiarlas de cerca.

Y agregó:

—Ayúdame a cavar. Mappletown debe de estar aquí.

Durante seis días cavé en la nieve con la ayuda de una pala. Holmes me secundaba, cavando con su pipa. En la noche del día sexto, tropecé con un mechón de cabellos.

—Mappletown...—murmuré maravillado.

—Tire usted de esos cabellos—ordenó Sherlock—. Pertenecen al bigote del capitán.

Efectivamente; tiré con todas mis fuerzas y saqué a Mappletown, del bigote, a la superficie.

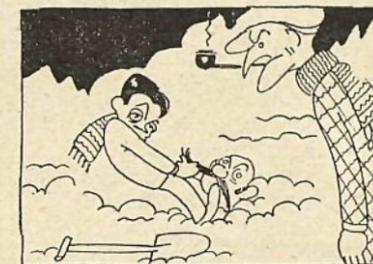
Once horas de fricciones fueron bastantes para volver a la vida al ilustré capitán, perdido en 1880.

La ciencia inigualable de Sherlock-Holmes.

Estuvimos en el Polo hasta que llegó la primavera, y cuando las rosas se abrían con su estallido de gases perfumados, Mappletown y yo, que nos habíamos hecho grandes amigos por nuestra mutua afición al pescado crudo y a la lotería de cartones, no pudimos resistir más y le rogamos a Sherlock-Holmes que nos explicase cómo había podido suponer el sitio donde se hallaba esterrado en la nieve el capitán, y, sobre todo, por qué había supuesto que le encontraríamos vivo después de cuarenta y siete años de ostracismo polar.

Holmes, que a la sazón ejecutaba en su violín la *Sonata en fa rebemol*, de Pradnowsky, nos hizo el inmenso favor de dejar de tocar para decirnos:

—Mi trabajo fué sencillamente deductivo. Supuse que el capitán tenía que estar precisamente en el mismo Polo, porque él no ignoraba que mu-



chos entusiastas abrigaban el proyecto de llegar allí, y, quedándose en el Polo, tenía más probabilidades de ser salvado que si se alejaba de aquellos lugares en busca de una salvación problemática.

Hizo una pausa y siguió:

—Desde el aeroplano vi en la nieve un montoncito de ceniza de tabaco inglés, ya quemado, y deduje que en aquel sitio había vaciado el capitán su pipa por última vez, luego estaba allí mismo.

Y añadió:

—Y en cuanto a mí fe de que el capitán viviese todavía al cabo de cuarenta y siete años, se apoyaba en la teoría frigorífica.

—¿Cómo?

—Está clarísimo. ¿No se recurre al frío del hielo para conservar el pescado y la carne? ¿No es de carne el capitán Mappletown? Pues ¿qué mejor sitio de conservarse que estando en el Polo? Vinimos, le encontramos y esto es todo, señores.

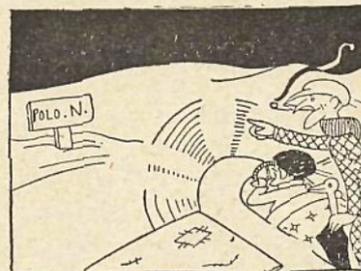
Al acabar, Sherlock se puso otra inyección de morfina y volvió a hacer sonar su violín.

Nosotros le dimos algunos peniques para ver si se callaba, y en vista de que se los guardó sin dejar de tocar, nos fuimos a cazar focas con reclamo.

Cazamos seis focas, dos focos y tres bombillas.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(El próximo episodio se titulará: "La misa negra del barrio de Soho".)



dos osos blancos bailaban sobre sus patas, mientras un esquimal tocaba el pandero.

Conforme avanzábamos, la desolación del paisaje crecía como un adolecente.

(1) Carcajadas sardoónicas.

EL ABUELITO

I

Había sido un modelo de abuelos. Yo le conocí sentado ya en el sillón con ruedas en el cual descansó, incommovible, sin pronunciar palabra ni hacer ademán, los quince últimos años de su vida.

Había sido muy bueno el abuelito, sí.

Su muerte nos llenó de tristeza. Mi madre lloraba, y mi padre, no menos afectado que su esposa, pero sí en apariencia más tranquilo, recorría la estancia con monótonos pasos, en tanto que Andresín recortaba con unas grandes tijeras una hoja de soldados austriacos y Arturo, mi otro hermano, buscaba inútilmente, en los bolsillos de nuestra madre, la llave del armario en donde se guardaban los dulces, las almendras y las nueces.

—¡Qué desgracia la nuestra! ¡Tendremos que separarnos de él, que era tan bueno!

De improviso, mi padre se detuvo.

—¡No llores más!—dijo a mi madre—. ¡Tengo una idea!

Comencé a temblar. Las ideas que atacaban frecuentemente a mi padre consistían, la mayor parte de

las veces, en una ampliación de mis estudios.

—¡Tengo una idea!—repitió—. Pero es necesario, para poderla realizar, que calléis todos, que no lloréis más. ¡Nadie, absolutamente nadie, debe enterarse de que el abuelo ha muerto! ¿Comprendéis?

Y aquella misma tarde volvió a casa acompañado de un desconocido señor, alto, delgado y calvo, sobre cuyas narices florecían los cristales violetas de unas gafas con montura de oro.

—Quedaré muy bien, señora, no se preocupe—dijo a mi madre el desconocido señor.

—¡Claro que quedará muy bien!—afirmaba mi padre complacido—. Quedará muy bien porque, como el pobre era paralítico, no extrañará su quietud y parecerá vivo.

II

Algún tiempo después, mis padres nos condujeron, a mis dos hermanos y a mí, a la sala, cuyas puertas habían permanecido cerradas desde la muerte del querido anciano.

En el centro de la estancia, sen-

tado sobre el sillón con ruedas, estaba el abuelito.

—¿Qué os parece?

¡Oh! A mí, al menos, me pareció admirable, milagroso, increíble. El abuelito, gracias al arte del señor de las gafas color violeta, tenía en su rostro la habitual expresión bondadosa y conservaba la misma postura de siempre. Aplaudí entusiasmado.

En cambio, el pequeño Andresín, sin motivo que lo justificase, rompió a llorar amargamente, no cesando en su llanto hasta que abandonó la sala.

Poco a poco fuimos acostumbrándonos a la ultratúmbica figura del abuelito.

A veces nos olvidábamos de que estaba muerto y le rodeábamos jugando al corro, como en otros tiempos. Pero hubo que suspender la inocente diversión. Según nos dijo mamá existía el peligro de que le dejásemos caer y se rompiera. Al abuelo, desde entonces, se le tuvieron iguales consideraciones que a la estatua de la mujer desnuda y sin piernas que decoraba un rincón del despacho de papá. ¡Pena de muerte al que la hiciera pedazos!

III

Mi padre, llevado de una extraña manía, iba desamueblando la casa, limitándose a explicar su conducta con una frase repetida muchas veces:

—¡No hay más remedio! ¡No hay más remedio!

Mi madre asentía y lloraba.

Y una mañana, aquella mañana en que varios hombres vinieron para llevarse la sillería del gabinete, mi padre dijo:

—¡Estamos arruinados!

Ng volví a asombrarme de que los muebles salieran de casa en aquella forma.

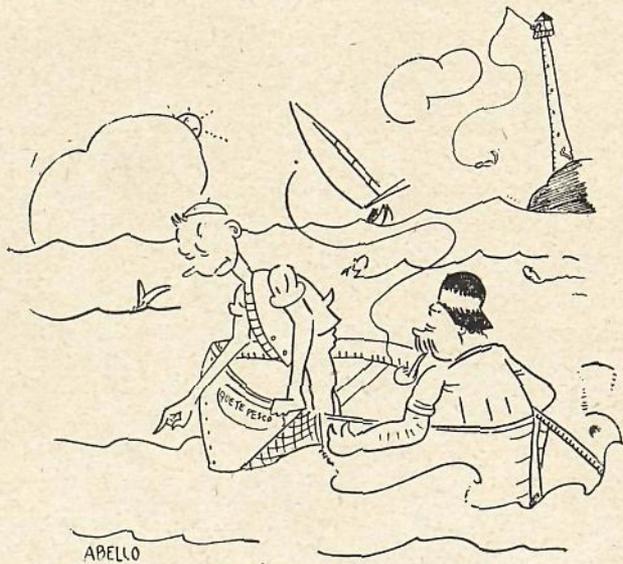
IV

Papá dijo a nuestra madre:

—Hoy me he encontrado a mi amigo Eusebio Terán, el óptico. ¿recuerdas?

—Sí. ¿Qué te ha dicho?

—Conoce nuestra situación y de



Dib. ABELLO.—Madrid.

—Aquí hay mucho pescado.

—Pues, entonces, vámonos, porque si está pescado, ¿qué vamos a hacer nosotros?

ella hemos hablado extensamente... Al final me ha ofrecido mil pesetas por el abuelo.

—¡Oh, nunca!

—Eso mismo le he contestado yo. ¡Nunca! La cantidad es tentadora, dada nuestra penuria, pero no es suficiente para hacernos cometer tanta villanía.

—¡Claro!

—Lo quería para maniquí de la óptica. Hay que reconocer—agregó tras una pausa—, que el abuelo sería un maniquí perfecto.

—Indudablemente.

—Me prometió cuidarle bien, "como si se tratase de un familiar mío", fueron sus palabras, y tenerlo expuesto en el escaparate para que nosotros pudiéramos verlo.

—Eso sería un atenuante a nuestro dolor, pues, claro está, que iríamos a verle todas las tardes, pero, ¿tú crees?...

El abuelo fué vendido al óptico amigo de papá.

V

Nos vestíamos y salíamos a la calle para estacionarnos ante el escaparate y contemplar, durante horas y horas, al abuelito.

El abuelito, sentado en un sillón de terciopelo rojo, tenía en las manos un periódico que parecía leer atentamente gracias a la ayuda de unas gafas de gruesos cristales. Un letrero explicaba la escena: "¡Qué alegría! ¡Los lentes de esta casa me hacen ver como en mis años mozos!"

El contemplarle envuelto en los mil reflejos que de los cristales y de las áureas monturas arrancaban las luces del escaparate y el advertirle feliz en aquel ambiente tranquilo y luminoso, hacíamos también felices a nosotros.

Hasta que un día...

Nuestra sorpresa fué enorme. ¡El abuelito no estaba en el lugar de costumbre!

Penetramos angustiados en el establecimiento y el dueño, con voz entrecortada, nos refirió la desgracia:

—¡Horrible, amigos míos, horrible!... El dependiente, ¿saben?... Le he despedido. Era muy torpe, sí; pero jamás supuse que fuera tanto como para dejarle caer al suelo conforme lo limpiaba, y destrozarlo. ¡Qué desgracia, señora! ¡Hacía tan bien en el escaparate, divertía tanto al público! No encontraré maniquí que pueda sustituirle.

Nos alejamos de la tienda. Llorábamos todos. ¡Abuelito!... ¡Abuelito!...

Tuvimos que vestirnos de luto.

José SANTUGINI



Dib. QUINCITO.—Pozuelo de Alarcón.

El mozo de cuerda.—¿Quiere hacerme el favor de ayudarme a cargar el baúl, usted que tiene unos buenos puños?

FOTOGRAFÍAS DE VERBENA

Huyendo de tíos-vivos,
de columpios, carrouseles,
pim-pam-punes con peleles,
rifas y otros atractivos,

me paré, de noche apenas,
ante una fotografía
bastante mala que había
como en todas las verbenas.

Expuestos a las chacotas
y al calor y a la intemperie,
pude admirar una serie
completísima de idiotas,

que colocados detrás
de un ridículo aparato
suelen hacerse un retrato
de lo que les gusta más.

Para burlar a las gentes
y entre grandes risotadas
de niñas y criadas
reconocí a los siguientes:

Vestido de general,
vi al churrero de la esquina
(que probó ser un gallina
cuando el desastre de Annual),

retratado con abrigo
en su tienda de campaña
y gritando: "¡Viva España!"
dando frente al enemigo.

Vi a Saturnino, el horterero
del bazar "Los Andaluces",
vistiendo traje de luces
con capote y con montera,

y aunque no quiera creernos
nos consta, como españoles,
que no come caracoles
porque le asustan los cuernos.

A Felipe, el dependiente
de nuestra carnicería,
le vi cómo conducía
un "Cleveland" excelente,

creyendo que los mirones
no sabrán a punto fijo
si es Felipe, o es Urquijo,
o el conde de Romanones.

Buen humor

PASODOBLE FLAMENCO

Contrabajo

E. BREGEL y S. TAPIA

E. BREGEL Y S. TAPIA, "ases" del pentágono, han tenido la delicadeza de dedicarnos el sandunguero pasodoble que publicamos. Estamos tan contentos, que hemos organizado un nutrido orfeón de cinco personas y un sordomudo para interpretarlo. Avisaremos previamente el día y sitio en que tendrá lugar la primera audición, para que nuestros lectores vayan provistos de suficiente cantidad de ladrillos.

A Nicanor, mi portero,
lo encontré de aviador
cuando jamás Nicanor
subió ni al piso tercero,

porque como es poco activo
y le cansa la escalera
ya no sube ni siquiera
para llevar el recibo;

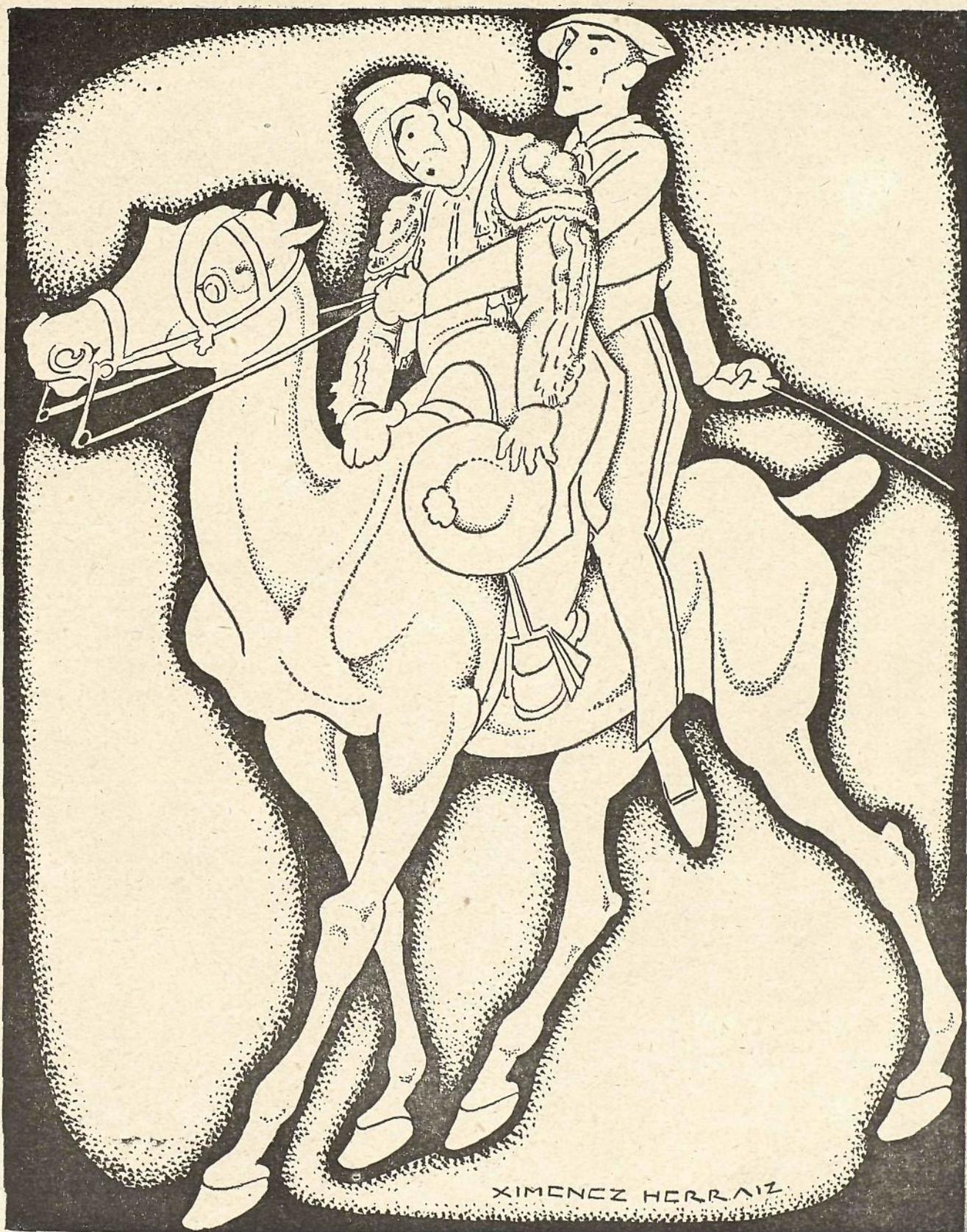
y a mi cocinera Inés,
que en su vida fué doncella,

la vi vestida de "estrella"
como las de "varietés".

Y les digo yo: —¿Es posible
que os disfracéis de ese modo
cuando todo el mundo, todo,
conoce el truco risible?

Y sabiendo este detalle
¿no ha habido quién os convenza
de que os debe dar vergüenza
salir después a la calle?

FIACRO YRAYZOS



El picador.—Oye, Filomeno, ¿qué es lo que me han tirado?
El monosabio.—Nada. Un poquito de agua.
El picador.—¿Un poquito de agua?
El monosabio.—Sí; pero es que iba dentro de un botijo.

Dib. XIMÉNEZ-HERRAIZ.—Madrid.

BAMBALINA

DIABLAS Y TRASTOS

Pour la France et le Maroc

La hora española que sonó en París hace años, parece que suena todavía. Suena la hora y suenan los cuartos; para oír a Raquel Meller se paga la butaca a 80 francos, y para oír a Miguel Fleta, 150 en taquilla, y 300 en las Agencias.

No abrimos periódico francés en donde no nos encontramos uno o varios canastillos de flores dedicados, todos ellos, a una o varias personalidades españolas.

Las hay de todas clases y para to-

dos los gustos. Falla y Miguel Fleta, Viñes y la Argentina, Marañón y Raquel Meller, Vicente Escudero y Goya, pongamos por parejas. Luego, por si os parece poco, podemos todavía presentar otras personalidades, menos conocidas de nosotros, pero también conocidas de ellos: Cammita García, por ejemplo, y Mille. Teresina.

Casi todas estas celebridades han puesto en juego, ya la tráquea, ya los pies, en la sala de moda: Sala Pleyel.

Para triunfar en París, no tiene ya

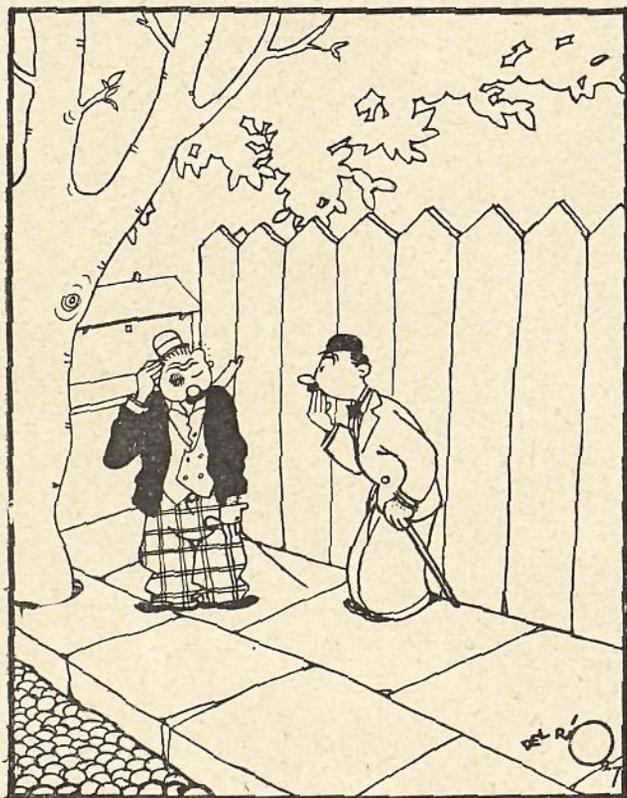
quien quiera otra cosa que hacer que unas cuantas docenas de tarjetas y poner debajo del nombre, o bien verbi gracia: "Castañetas"; o bien, sin más aclaraciones, "Español". Basta, con eso para que esté todo pagado y para que nos acompañe el jaleo a todas partes.

Da gusto, en estas circunstancias, haber nacido en la tierra de María Santísima y de Antonia Su Mercé. Sobre todo de esta última. María Santísima no es, en la Sala Pleyel, todo lo conocida que debiera; pero Antonia Su Mercé cuenta, en cambio, con millones de bocas abiertas, y no sólo abiertas, ante su arrogantisima persona, sino abiertas también, y de rechazo, ante todos nosotros. Lo que oyen. "En ella—dice un periódico—no caben los términos medios. Es la heredera de una raza ardiente y heroica; de un país que estuvo siempre cruzado por invasiones guerreras, todo altivez y pasiones."

Cuando leemos párrafos como ese, y caemos en la cuenta de que nosotros pertenecemos por completo a esa raza ardiente y heroica, sentimos que cruza por nuestro territorio corporal una invasión de pasiones y altiveces... Erguimos la cabeza, abombamos el tórax, nos ajustamos la chaquetilla a los riñones y afianzamos en el bolsillo del chaleco el sujetador de la stylo... Algo ardiente y altivo nos bulle y rompemos; indisciplinados y heroicos, las leyes de la circulación, cruzando las calles, por donde se nos pone en las narices.

Africa comienza en los alrededores de París, y con este motivo se chupan los franceses *les doigts*, por lo que vemos.

El Vicente escudero, bailarín, baila a cuerpo limpio—pantalón de alpaca, ceñido; chaquetilla y sombrero ancho—lo más cañí del género—,



Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

—¿Qué le pasa, amigo? Venga, hombre, yo le acompañaré a su casa.

—No. ¡Si vengo de allí precisamente!

prescindiendo de música y hasta, a veces, de castañuelas—y los parisien-ses se relamen.

A la Argentina la aplauden, la festejan y la piden pormenores de su vida y de su carrera. Debido a esto, nos vamos enterando de que la Argentina ganaba, al comenzar su carrera, tres pesetas, con obligación de presentarse ante el público, diecisiete veces al día; que luego ganó ya cinco pesetas, y que después decidió expatriarse, en vista de que sólo contaba, entre sus admiradores, con un grupo de artistas y escritores. Otra vez el orgullo nos invade: entre esos escritores estábamos nosotros; no nos atrevemos a decir que también entre los artistas.

Hoy, afortunadamente, triunfa la Argentina en toda partes, incluso aquí, donde la recibimos — y es verdad— emocionados.

El triunfo de Raquel Meller no es menor. Pase al tiempo largo que lleva esta *vedette*, arrojando violetas imparciales a los públicos de París, no sólo no ha disminuído su fama, sino que ha llegado al colmo: en un Circo parisiense “ataca” una orquesta *La Violetera*, y sale un elefante—un elefante de verdad, paquidérmico del todo—repartiendo violetas al público.

Y en cuanto a Miguel Fleta, no digamos. París pagó, como decimos, 300 francos por butaca, para ver, según dice un periódico, “al tenor más caro del mundo”. La sala entera aplaude, ruge, exulta, bisbisea... El tenor canta “Tosca”, y al llegar al *Adiós a la vida*, tiene que decirle adiós varias veces...

También en la Sala Pleyel, donde, por supuesto, le dedican una Sesión de Gala—lo mismo que a la Meller, y a la Josefina Baker, y a Titta Ruffo y a otras varias personalidades *por el estilo*—; Fleta también en la Sala Pleyel “ravisa” y “pamoiiona” a los franceses, cantando romanzas céebres. Pero el entusiasmo llega al delirio, lo mismo en el Teatro de la Opera que en la Sala de Concieros, cuando Fleta, lo mismo allí que acá, vierte y suspira el *Ay, ay, ay...* Suponemos que no creerán ustedes que Fleta canta flamenco, sino que nos referimos a la canción—creemos que napolitana—que lleva los ayes susomentados. Nuestro compatriota Miguel Fleta les ha dicho a los franceses que su fama comenzó con ese “trozo”, y cuando lo

anuncia y lo canta es el delirio filarmónico y ultrapirenaico. Cada vez que repite el estribillo pierden los estribillos también, de emoción y dislocación, los admiradores fletenses.

Los periodistas—cómo no—le han visitado en su hotel. Y uno de ellos, por cierto, nos ofrece dos frases de importancia que vamos nosotros, a *notre tour*, a ofrecerles también a ustedes.

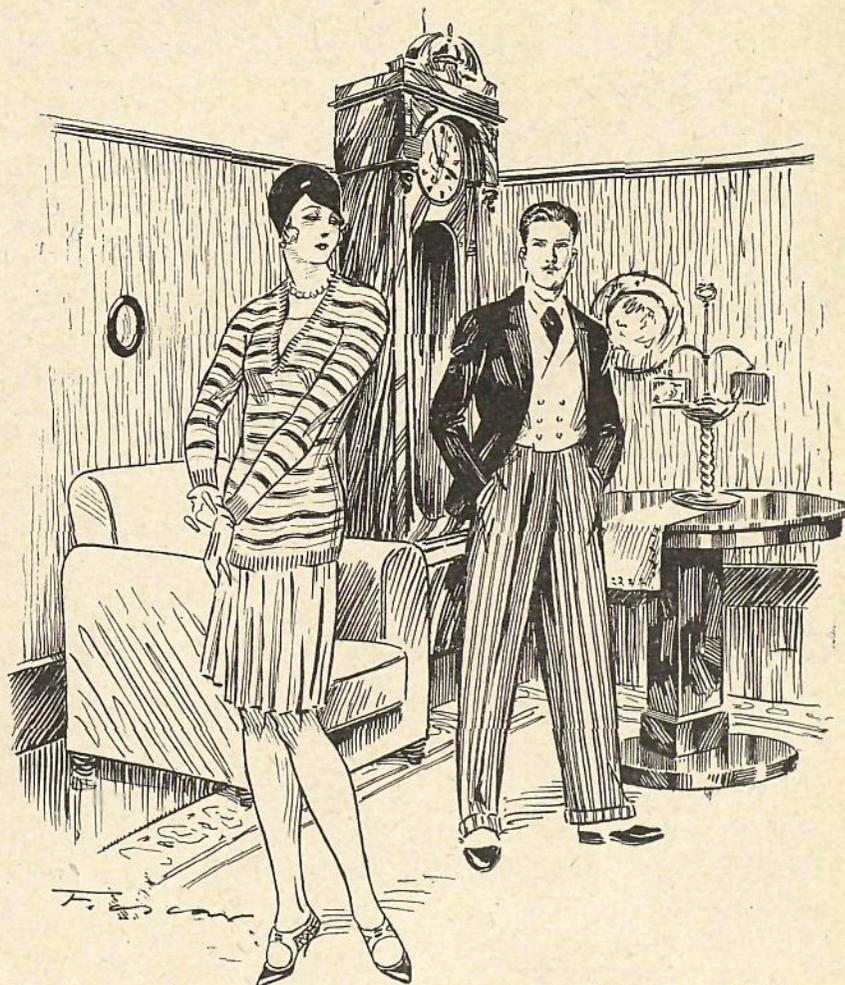
El periodista dialoga con el tenor y con el empresario del tenor. Uno de los dedos de Fleta—el periodista incurre en la falta de no decirnos cuál—lleva en un diamante—*¡Ay, ay, ay, qué gordo!*—el producto de varios “ayes” y el testimonio de lo rico que es nuestro *carísimo* amigo. La señora del tenor corrobora lo de “rico”, y

el empresario, lo de “carísimo”. Hablando de dinero, sabe el periodista que el tenor “tiene tres inmuebles en Madrid, una porción de criados y tres o cuatro *Hispanos*”; y como al periodista se le ocurra preguntar al oír ésto, qué demonio harán los *Hispanos*, y los criados, y los inmuebles en Madrid, si el propietario tiene que pasarse la vida por el mundo dando voces, el tenor “arquea las cejas y contesta: —¿Que qué harán?... Pues ¿qué han de hacer?... esperar.”

La frase nos parece de Antología. No menos de Antología nos parece la frase con que el mismo periodista termina el escrito a que aludimos:

“¿Miguel Fleta?... Resumamos: es la Raquel Meller tenor.”

MANUEL ABRIL



Dib. OSCAR.—Madrid.

Ella.—*Todos los hombres son iguales; se os dice una cosa y por un oído os entra y por el otro os sale.*

El.—*Y a las mujeres se os dice una cosa y os entra por los oídos y os sale por la boca.*

Chistes de todo el mundo

El soltero.—Deseo una mujer bonita e inteligente.

El agente de matrimonios.—Imposible, no puede usted casarse más que con una.

(De *Pèle Mèle*, París.)

—¿Por qué estás tan contento?

—Porque he estado en casa del cenista.

—No es una razón para estar tan contento.

—Sí, porque no le he encontrado en casa.

(De *Lustige Kolner Zeitung*, Colonia.)

El padre, que ha castigado a su hijo golpeándole con un bastón, le dice:

—Acuérdate de que esta paliza me duele más que a ti.

El hijo.—Sí, pero no en el mismo sitio.

(De *Die Muskete*, Viena.)

—¿Cómo castigas a tu hijo cuando le

encuentras fumando uno de tus cigarrillos?

—Le hago fumar otro.

(De *Liverpool Mercury*.)

—He consultado con el médico respecto a mi pérdida de memoria.

—¿Y qué te ha recetado?

—Nada todavía. Quiere que le pague antes de comenzar el tratamiento.

(De *Glasgow Evening Citizen*.)

—No le encuentro a usted bien.

—No; he pasado ocho horas sin darme cuenta de lo que hacía.

—¿Caramba! ¿Pues qué le ha ocurrido?

—Nada; estaba durmiendo.

(De *Pèle Mèle*, París.)

El automovilista.—He matado a su gato y quisiera reemplazarlo.

La señora.—Muchas gracias; pero temo que no sepa usted cazar ratones.

(De *Sydney Review*.)

El profesor, distraído.—Camarero, ¿no he dejado aquí mi sombrero?

El camarero.—No; pero su amigo el profesor X le ha estado esperando a usted tres horas.

El profesor.—¡Tate! ¡Ya sabía yo que se me había olvidado algo!

(De *Der Brummer*, Berlín.)

La suegra (escamada).—¿Está tu padre en casa?

El chico.—Papá ha salido.

La suegra.—¿Que ha salido? Si yo le he visto desde la calle, que estaba asomado al balcón.

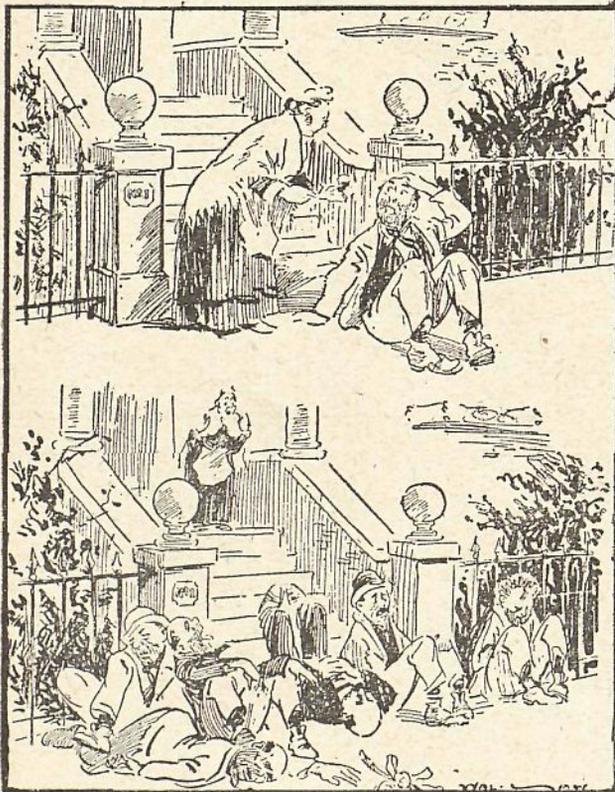
El chico.—Sí; pero se ha marchado por la chimenea.

(De *Kasper*, Estocolmo.)

El amo.—¿Sabes lo que hago yo con los aprendices que mienten?

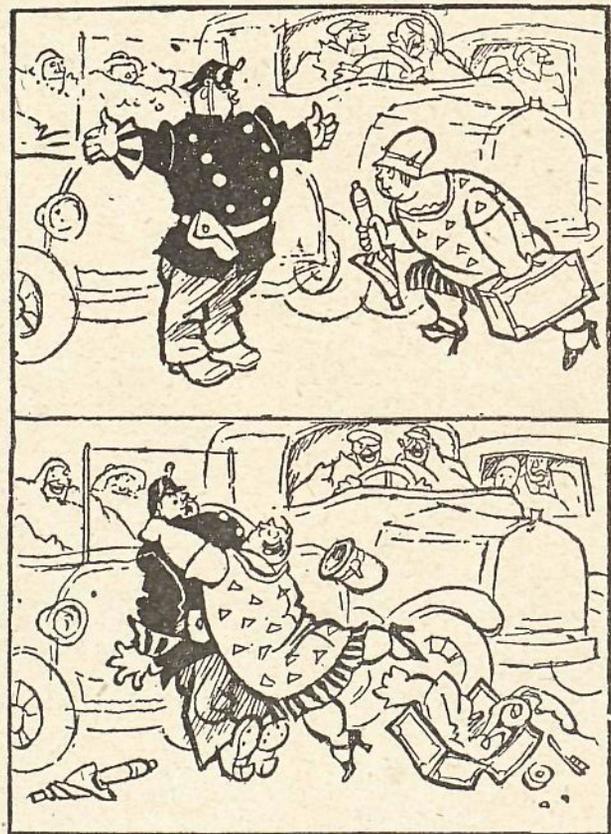
El aprendiz.—Sí; los hace usted comisionistas.

(De *Peas Gais*, Iverden.)



CONSECUENCIAS DE LA CARIDAD.

Sorpresa de la señora que le había dado un poco de ron a un vagabundo que se desmayó frente a su casa.
De *Gaiety*, Londres.



SEÑAL MAL INTERPRETADA.

—¡Tuya para siempre!...

De *Fliegende Blaciter*, Munich.



Una mujer moderna

por René Virard

—La señora no está en casa— me dijo Juana, sonriendo—; pero si el señor la quiere esperar, no tardará en llegar. La señora está...

—Gracias, Juana. Esperaré a la señora en su cuarto.

—Como quiera el señor. Y Juana volvió a sonreír.

* * *

En este diván tan cómodo, frente al lecho amplio y bajo, estaré muy bien para esperarla. Ya, a través del humo oloroso de mi cigarro, creo ver su encantadora silueta.

Desde la frente voluntariosa, suavizada por una banda de cabellos rubios—tan rubios—hasta el empeine de sus piecitos. Sus labios rojos, golosos; su pecho alto y firme, acusándose bajo los crespones de su vestido; su cintura esbelta... Sí, no hay duda. La veo a través del humo y la adoro.

La adoro por toda su gracia de parisense, por todos sus encantos de mujer bonita. Y, además, por todas esas cosas inmateriales, tan raras: la belleza de su alma, la pureza de su corazón.

Ya no puedo aguantar la impaciencia y, sin embargo, me parece sentir la aquí, junto a mí... Me paseo por la habitación para tratar de descubrir este misterio... Porque no hay duda que está junto a mí.

Aquí están sus bibelotes. Sobre el tocador, en ese frasco, casi destapado,

está el oro de sus cabellos. En toda esa colección de tarritos de porcelana blanca, está el rojo de sus mejillas, el marfil de su frente. Un poco más allá, el cammín de sus labios me saca la lengua desde su estuche de plata. Ahí, detrás de su lecho, su faja de punto de goma (de buena calidad, a fe mía). Esa es la dureza y la esbeltez de su talle. De un cajón, mal cerrado, sale una oreja de puntilla... Un divino sostén...

Y en ese estante, a la altura de mi mano, se alinean sus piecitos arqueados... Tacones altos... Armadura de piel y de acero.

¡Si tengo junto a mí hasta su ser inmaterial!

Sobre la mesa de noche, está su alma: el libro de Barrés. En el suelo ha dejado el corazón: una novela de Bourget.

¡Que más puedo querer!

* * *

—¿Se va el señor? ¿No espera más el señor?

—¿A la señora? ¡Vamos! ¿Qué dice, Juana? ¡Si he pasado tres horas con ella!...

A. V. DE B.



El empresario de la película.—¿Qué es esto?

El director.—Pues es Napoleón I.

El empresario.—¿Y por qué emplea usted un hombre tan pequeño para un papel tan importante?

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en México, don Nicolás Rueda

:; :; :; :; Calle 2.ª Victoria, núm. 33, Librería :; :; :; :;

EL BIEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente supón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en uno aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes".

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

—¿Cuál es el animal más sucio?

—El pavo, porque siempre tiene el moco colgando y nunca se lo limpia.

Trikitrake.—Cádiz.

Dos graciosos cogen a un baturro en la calle y le sujetan cada uno por un brazo.

—¿Tú qué eres—le preguntan—; un borrico o un imbécil?

—Me paice—responde el baturro—que me encuentro ahora entre el uno y el otro.

Emilia G.—Tetuán.

OZONOPINO

Ruy-Ram

En una camisería.
Dependiente.—¿Qué desea, caballero?

Cliente.—Quería camisas; pero que sean fuertecitas.

D.—A ver éstas, si le satisfacen.

C.—No, las quiero más fuertes y más resistentes.

D.—¿Y éstas? Modelo inglés, alta calidad.

C.—Son insuficientes; a ún más fuertes.

PRESA siempre PRESA

Todas las mujeres elegantes y bonitas, usan los corsés y fajas
PRESA 72, FUECARRAL, 72
TELEFONO 51135

Presa y siempre Presa

El premio correspondiente al número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

En un entierro.

Un sujeto pronuncia en el cementerio un sentido discurso ensalzando las cualidades de un amigo suyo a quien van a enterrar.

—¡Descansa en paz!—decía—; Has dejado una amante esposa en este mundo! ¡Has dejado el cariño de tus hijos! ¡Has dejado a tus amigos!

—Oiga usted—dice un oyente—, diga usted que me ha dejado a mí también con una cuenta pendiente.

Luisín.—Estación Baeza.

Comeréis bien y barato y disfrutaréis de sol en la *Avenida Victoria* en el "RESTAURAN ROSON".

D.—Género de Viena, buenísimo.

C.—Resultan débiles todavía, son poco fuertes.

D.—¡Ah, ya! Usted desea una camisa de fuerza.

El dependiente fué muy aplaudido.

Figg.—Madrid.

Entre electricistas.

Uno.—¿Cuál es el aislador más seguro y eficaz de la electricidad?

Otro.—La suegra, que jamás le cae un rayo.

Francisco Ballesteros.—Tetuan.

Unos horteras llegan en automóvil a un pueblo; al tiempo de poner en marcha el motor para su regreso necesitaban echar agua en el radiador, y dirigiéndose a un labriego que ahí se encontraba dijéronle: "Tú mismo, tráenos un cubo de agua". Volvió el labriego con el cubo y en alta voz exclama: "¿Es para los señores?"

Pocholo.

Entre amigos, durante las fiestas de Navidad.

—Oye, me extraña que en los diez días que lleva en el pueblo la compañía cómico-dramática, no hayan puesto en escena nada

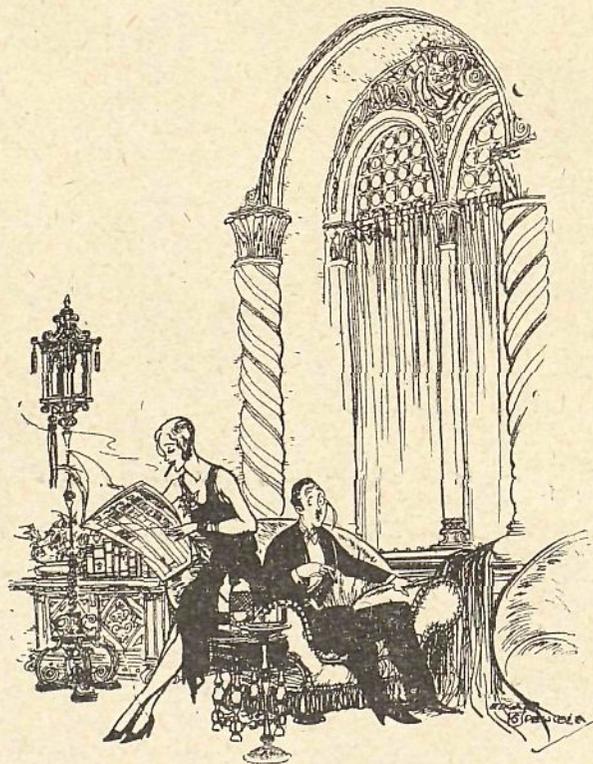
Señoras

Compreñ siempre sus sombreros en

LA HORRA

Los últimos modelos en sombreros para señoras y niñas

Fuencarral, 26, entresuelos.
Montera, 15 y 17, entresuelos.



De *The Passing Show*.

El.—Dicen que los tiempos están malos, y yo he tenido mucha dificultad para conseguir que el sastre me tomase diez libras esta mañana.

Ella.—¿Cómo es eso?

El.—Me dijo que no podía aceptar menos de veinte.

más que juguetes cómicos y ningún drama.

—Pues chico, a mí me parece lo más natural del mundo...

—¿...?!

—Claro, hombre, como estamos en el tiempo de los Reyes Magos, los juguetes es lo más propio...

Aiselgy Zeñaby.—Santlúcar.

Un novio que desea terminar sus relaciones entregándose al yugo matrimonial, se presenta en casa de la novia, con objeto de pedir la mano al papá.

—No, señor—dice el padre de la muchacha—; no puedo conceder a usted la mano de mi hija.

—Pero, ¿por qué?

—Es un secreto de familia... La pobrecilla es imbécil.

—Pues no lo he notado. ¿En qué consiste su imbecilidad?

—En haberse enamorado de usted.

Carmen Truj "Dormido".
Larache.

En un restaurante.

—Mozo, quiere hacer el favor de traerme un peine y un cepillo?

—Si quiere afeitarse, puede pasar al gabinete de aseo...

—Entonces llévase la sopa a ese gabinete.

Hércules.—Enguera.

Un pobre pintor, viéndose en un apuro, llevóle un cuadro al judío Levi y le dijo:

—¿Cuánto me da por el cuadro?

—¡Doce pesetas...!

—¿Doce pesetas...? Todavía no estoy muerto de hambre...

—¡Ah, entonces esperaré...!
Don Boni.

Una gitana entra en un comercio y después de hacer compras por valor de tres pesetas, entrega un duro con hoja, que es una birria, al dependiente. Este, después de examinarlo, dice:

—Este duro es falso, señora.

—Creo que se equivoca, mírelo bien.

—Nada; lo dicho. Este duro es malo. No tiene vuelta de hoja.

José Estévez Carpintero.
Santiago.

—¿En qué se parecen un automóvil despeñado, un oficial del ejército y una noche despejada?

—En que están estrellados los tres.

Tomás Cortés

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial LOGROÑO

Un estudiante que ha sido suspendido en todas las asignaturas, al tener que regresar a su casa, pone a su hermano el siguiente telegrama: "Suspendo en todas, prepara a papá." Y su hermano cumple el encargo y le contesta también por telégrafo y en la siguiente forma: "Papá preparado, prepárate tú."

E. B.—Salamanca.

—¿Cuándo duerme Sagi-Barba?

—Cuando Luisa Vela.
Filiberto Ciriza.—San Sebastián.

De cacería.
Cazador.—¿Sabe usted si este monte pertenece al Estado?

Guarda.—Me pregunta usted por un señor que no lo he visto en toda mi vida.

Ava y Sarro.—Logroño.

Uno que se las daba de conquistador apostaba con varios

amigos, que le hacía decir el nombre a una joven que entraba por la calle en que ellos estaban y acercándose a ella le dijo:

—¿Sería tan amable, pimpollo, de darme su gracia?

A lo que contestó ella:

—Y si se la doy a usted, ¿con qué me quedo yo?

Quiquet.—Valencia

En un examen.

El profesor.—¿Qué describió Franklyn?

El alumno reflexiona.

El auxiliar le señala con el dedo hacia el tejado.

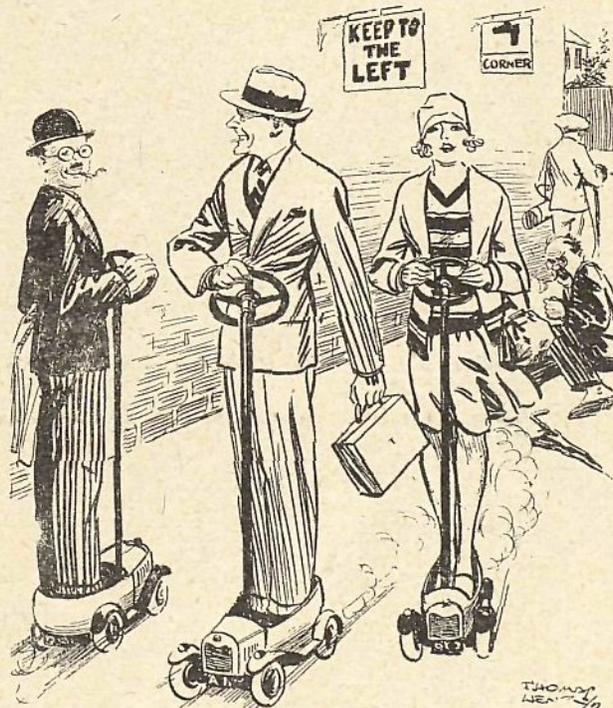
El alumno (muy satisfecho).—Las chimeneas.

P. J. F.—Madrid.

En el regreso del paseo campestre:

La esposa (al marido).—¿Y a mamá le has traído algo?

El marido.—Si; un cesto de setas.



De The Humorist.

De cómo la moda de los autos pequeños sugiere a los zapateros ideas cuya realización veremos en la calle muy pronto.

—¿No serán venenosas?

—¡Eso ya lo veremos cuando se las coma!

Paco (a) Romanones
Santander

Un atraco.

—¡La bolsa o la vida!!

—Les advierto que acabo de perder en la ruleta hasta el último céntimo.

—Bueno, pues va usted a hacer el favor de quitarse del vicio, porque nosotros no estamos aquí para perder el tiempo.

Quique.—La Coruña.

—¿Cuál ha sido el día más afortunado para los madrileños?

—El día 23 de enero, por ser el santo de S. M. el Rey, tener una corrida de toros callejera y que por *Fortuna* no hubo que lamentar desgracias personales.

Manolillo.—Calahorra.

—¿Dónde hubo más gente, en el Paraíso Terrenal o en Guadarrama?

—¡En el Paraíso!

—¿...?

—Porque en el Paraíso Terrenal estuvo Adán y Eva y en Guadarrama *ni-eva*.

S. y M. de Albacete.

—¿En qué se parecen una esquina y un libro de Algebra?

—En que los dos sirven para romperse la cabeza.

Trini.—Zaragoza.

En la audiencia.

El juez.—¿Su nombre?

El procesado.—Miguel López Bendito.

—¿Profesión?

—Veterinario, para servirle.

Un camarero.—Francia.

La mamá (a la niña que está muy entretenida con los juguetes).—Pepita, esta tarde, si no llueve, vamos a salir de paseo; así es que te voy a lavar.

La niña.—Déjalo, mamá, no te molestes en lavarme, por si llueve y no podemos salir como el otro día.

María de los Angeles Cisneros.

Un buen aficionado al mosto se pasaba las horas en la taberna, sin acordarse de comer.

En una ocasión fué su hija a llamarlo, diciéndole:

—Papá, dice mamá que la comida está hecha.

Y contestó el padre:

—Pues dile que la *esbarate*.
W. Navarro.—Tetuán.

Correspondencia muy particular



Federico Art....—¡Qué duda cabe, mi amigo, de que, si publicásemos su artículo, aumentaría la tirada de BUEN HUMOR hasta más de un millón de ejemplares! ¡Estamos tan seguros de ello, como de que nos saldrían dos millones de años de presidio por publicarlo!

¡Y como lo segundo nos seduce bastante menos que lo primero, quiere decirse que aquí no ha pasado nada, y que por esta vez no se hará usted célebre a costa de nuestra tranquilidad!

M. de G. Carcagente.—No entiendo eso... Desde luego, advino que es una estupidez, pero no la entiendo bien. ¡Eso va usted ganando!

Fierro. Barcelona.—Su artículo es un sí es no es (que sí es) candidito y sencillo; pero como usted promete continuar apretando la péñola, espere-mos que procure enmenlarlo en sucesivas intentonas. Ernesto Polo agradece, conmovidísimo, su elogioso saludo.

Angulo. Buitrago.
Mi querido amigo Angulo ¡es usted bastante mulo!

Capirote. Madrid.
Ese cuentecillo ruso, más que cuento, es un abuso.

Deogracias. Cáceres.
Las gracias de Deogracias no tienen nada de gracias.

Bruto y Casio Madrid.—¿Vamos a arreglar ese seudónimo, señores?... Si dijésemos Bruto y Mucho Más Bruto, nos pondríamos en absoluta razón... ¡Al César lo que es del César, como dice Luis de Top'a cuando paga al casero!

P. S. CH. Madrid.—Las iniciales con que firma usted su trabajo, dicen lo mismo que hemos dicho nosotros: ¡Psch!

Lord Byron. Madrid.—Querido milord: *time is money*... Se lo decimos a usted para que no pierda el susodicho *time* en elaborar fantasías como las *Noches de cabaret* que nos envía, que no son buenas noches, ni siquiera frescas y dulces. Y no sabe usted lo que lo sentimos.

T. M. V. Valencia.—Empeñar un gabán y titular la noticia ¡Adiós, prendal!, se ha dicho ya un montón ingente de veces. ¿A qué repetirlo, si no nos lo va a agradecer nadie?

El guardia González. Madrid.—Por muy guardia que usted sea no tenemos más remedio que descartarle. ¡Vaya usted a la porra!

T. R. D. Burgos.—¡Eso es más malo que un traje de diez duros!

C. P. S. Bilbao.—Como para que le sepulpen a usted en las

espumas procelosas del simpático Nervión.

Estirado. Irún.—Las cosas de actualidad suelen siempre tener el triste fin que ha tenido la suya: que cuando les llega el turno de lectura, nos encontramos con que casi no nos acordamos del suceso que se quiere comentar humorísticamente. Tenga en cuenta, caballero nuestro, que BUEN HUMOR se publica cada siete días, pero que cada día de los siete recibimos aquí de quince a veinte desahogos literarios que hay que contestar por turno riguroso. Y, ¡claro!, ocurre hoy que le toca a *Cagancho* la lotería, a usted le da por comentarlo y escribe un artículo. Nos le manda; pasan los días; tiene usted que esperar a que tramitemos las lecturas que tienen el derecho adquirido anteriormente; y, cuando le llega a usted la vez, nadie se acuerda del suceso, *Cagancho* se ha gastado el dinero del premio, y el comentario no tie-

ne absolutamente ninguna gracia ni el menor interés para nuestros lectores. Este es el tristísimo caso de usted, y no creemos que haga falta emplear más palabras para llevar a su espíritu el convencimiento de esta amarga realidad.

E. T. A. Madrid.—No sirve.

Bergante. Ciudad Real.

No es el amigo Bergante un egregio dibujante.

Aunque no afirmo que no llegue a serlo algún día. ¡Cosas más raras han visto mis rasgados y un poco garzos ojos!

Tío. Madrid.—Qué *Tío* más bruto!

E. S. M. Barcelona

¿No le causará molestia si yo le llamo a usted bestia?

El Caballero de Gracia.—

Le diremos a usted lo que el coro general de la famosa revista le decía a su esclarecido tocayo:

"Qué necio es este señor..."

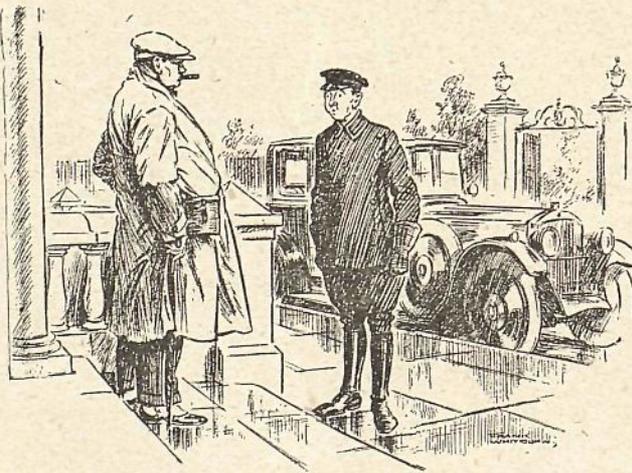
Y conste que nos quedamos cortos, pero no queremos ensañarnos. Bastante tiene usted con el cretinismo agudo que le ha caído encima.

A. A. A.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

J. P. C. Melilla.—*El primo de María, El convite inesperado y Los chatecos modernistas* han pasado a mejor vida. Realmente estaban bastante mal y tenían que acabar así.

J. L. F. Madrid.—Venga la firma para publicarlo cuando se pueda, y su dirección para el otro asunto que somete a nuestra sabiduría.

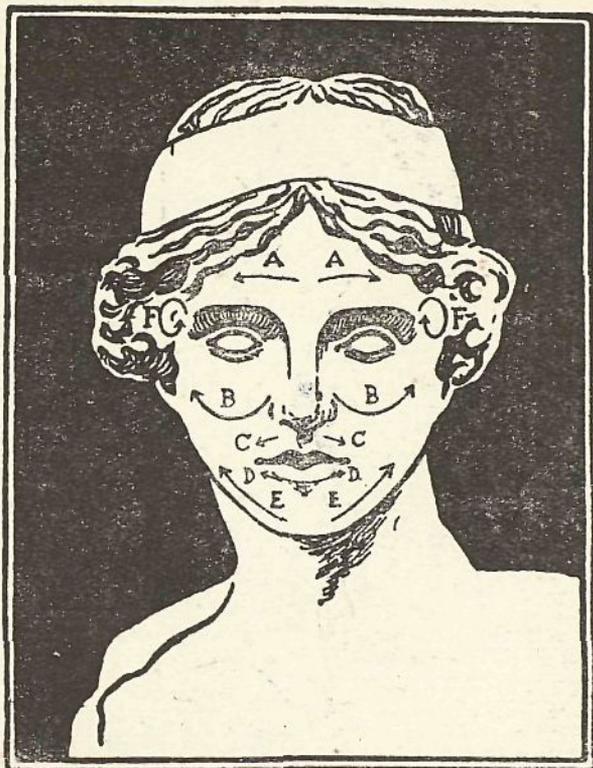
E. B. A. Granada.—A usted debe de haberle enseñado la Gramática castellana un profesor muy distraído o muy poco idóneo.



El dueño.—No estoy satisfecho con el camino por donde has llevado el coche últimamente. Estoy pensando tomar otro...

El chauffeur.—Sí, señor.

El amo.—¡Otro chauffeur!



CREMA

LIDA

**RECONSTITU-
YENTE**

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

**DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID**

Talleres PRENSA NUEVA.—Calvo Asensio, 3, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



—Te advierto que estas mujeres son muy peligrosas. A mi tío se le metió una china entre ceja y ceja y se quedó tuerto...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. CASERO.—Madrid.